

La misericordia de Dios.

Agustín, Faustina, Juan Pablo II y Francisco

RESUMEN

El año santo de la misericordia, convocado por el Papa Francisco el 11 de abril de 2015, está exhortando a la iglesia a re-descubrir y a re-experimentar el don inmenso la ternura de Dios. Dios es el misericordioso y Dios es la misericordia. Se derrama abundantemente en los corazones de todos los hombres y mujeres del mundo. El presente artículo, tras un recorrido bíblico sintético, analiza cómo han vivido y cómo han comprendido la misericordia de Dios cuatro testigos privilegiados de la misma: Agustín de Hipona, Faustina Kowalska, Juan Pablo II y Francisco. Un balance teológico conclusivo nos recuerda cuatro notas de su configuración interna: su origen divino, su asociación con el Mediador, su especial ubicación intraeclesial y su centralidad en la vida espiritual de los cristianos.

PALABRAS CLAVE: Misericordia, Iglesia, obras de misericordia, Agustín, Faustina, Juan Pablo II y Francisco.

ABSTRACT

The Holy Year of mercy, called by Pope Francisco on April 11, 2015, is urging the church to re-discover and re-experience the immense gift of God's tenderness. God is merciful and God's mercy. It is poured abundantly in the hearts of all men and women of the world. This paper firstly gives a synthetic biblical journey. Then it analyzes how four privileged witnesses of God's mercy lived and understood it: Augustine of Hippo, Faustina Kowalska, John Paul II and Francisco. A conclusive theological balance reminds us four notes of its internal configuration, including: its divine origin, its association with the Mediator, its special and intraecclesial location and its centrality within the spiritual life of Christians.

KEY WORDS: Mercy, Church, works of mercy, Augustine, Faustina, John Paul II and Francisco.

El año de la misericordia convocado por el Papa Francisco en la bula *Misericordiae Vultus*¹ (11 de abril del 2015) supone para la Iglesia y para el mundo un volver los ojos al Dios misericordioso que sostiene y alienta nuestras vidas. El presente artículo quiere ser una sencilla contribución a mirar el rostro misericordioso de Dios desde distintas angulaciones, todas ellas complementarias y todas ellas necesarias para ofrecer una visión orgánica a partir de las reflexiones de algunos testigos decisivos del asunto que nos ocupa.

Es evidente que hemos de partir de la Sagrada Escritura, para contemplar con ojos limpios y humildes lo que el mismísimo Dios ha revelado sobre su corazón misericordioso y sobre el plan de salvación que Él mismo ha diseñado desde antes de la creación del mundo, cuyo centro está en Cristo (cf. 1 Pe 1,19-21). Si miramos al mundo clásico, concretamente a la etapa de la patrística postnicensa, no podemos pasar por alto las aportaciones que sobre este particular ha ofrecido el obispo de Hipona. Él fue un destinatario privilegiado del plan providente y misericordioso de Dios; Él habla por experiencia propia de la misericordia divina como capaz de arrancar al hombre que está en la región de la desemejanza², para llevarlo con su mano amorosa a la ciudad en la que se recibe gratuitamente el amor misericordioso de Dios.

Dando un gran salto en el tiempo hallamos un alma privilegiada para hablar autorizadamente de la misericordia divina. Se trata de la polaca Santa Faustina Kowalska (25 de agosto de 1905 – 5 de octubre de 1938), que en su *Diario sobre La Divina Misericordia en mi alma*³ se reconoce como apóstol de la divina misericordia y como instrumento elegido por el Señor para brindar a todo el mundo una senda suave y agradable, no caracterizada por juicios severísimos, para recibir la salvación

1 Puede leerse completa en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/papa-francesco_bolla_20150411_misericordiae-vultus.html [Consulta: 13.05.2015].

2 Él mismo estuvo *in regione dissimilitudinis* (conf. VII,10,16).

3 Nosotros manejaremos el texto traducido del polaco al español por Eva Bylicka, editado por Ediciones Levántate S. L., en Granada en el año 2003. Consta de 716 páginas, de un apéndice sobre la Congregación de las Hermanas de la Madre de Dios de la Misericordia, de otro apéndice sobre la Congregación de los Padres Marianos de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María y de una selecta colección de fotografías vinculadas con la biografía y la obra de Sor Faustina.

donada por Dios. En el mismo siglo y en la misma tierra polaca, San Juan Pablo II emerge como testigo episcopal (primero) y como defensor ferviente (después) de la devoción a la Divina Misericordia. Él mismo reconoce magisterialmente el puesto capital de la misericordia divina en su segunda carta encíclica *Dives in misericordia*, publicada el 30 de noviembre de 1980. Superando la prohibición y el bloqueo eclesial a la devoción propuesta por Sor Faustina, el Papa Wojtyla no sólo se queda admirado por el mensaje dado por Dios a la consagrada, sino que además descubre que en el amor a la divina misericordia se esconde la solución a problemas acuciantes del mundo presente. Tan viva fue su propia devoción personal a la Divina Misericordia que estableció que el II Domingo de Pascua quedara reservado a honrarla. Él mismo sería quien beatificaría (18 de abril de 1993) y canonizaría (30 de abril de 2000) a Sor Faustina.

El Papa Francisco ha retomado con muchísimo entusiasmo la devoción a la divina misericordia. Desde sus primeros gestos como obispo de Roma, hasta los últimos mensajes suyos (orales y escritos) de los que tenemos noticia, Francisco da signos fehacientes de ser un gran admirador de esta realidad divina. Creemos que, ciertamente, esto no es una casualidad. Su visión privilegiada de la Iglesia y del mundo, así como su finura a la hora de proponer remedios duraderos a problemas acuciantes y a heridas sangrantes del presente, han llevado al papa argentino a encontrar en la misericordia divina el gran don y el gran remedio para sanar las heridas de acá y de allá. Ojalá el presente artículo sea un canal limpio y expedito para que el don que él tanto valora nos alcance a todos los que lo necesitamos, aunque no siempre seamos muy conscientes de ello.

1. LA MISERICORDIA DE DIOS EN ALGUNOS LIBROS DE LA BIBLIA

La ***Sagrada Escritura***. Nos habla constantemente de la misericordia de Dios. Para comprenderla bien consideramos que hay que superar la lectura unilateral de textos veterotestamentarios aislados, alusivos a gestos severos de Dios (Dt 7,21-24; 9,3; Jos 6,21; 8,1-29; 1 Sm 15; Sal 58,83 y 109)⁴. La misericordia de Dios la hallamos plasmada en una lectura más amplia, más

⁴ De ello da cuenta Kasper, W., *La misericordia. Clave del evangelio y de la vida cristiana*, Ed. Sal Terrae, Santander 2013, p. 47.

creyente, más teológica y más orgánica de todo el mensaje bíblico. Entonces nos situamos ante una realidad teológica que define la identidad más profunda del corazón de Dios. Es frecuente que dicha misericordia quede matizada o redefinida mediante otras categorías que hablan de la inmutable grandeza y bondad de Dios. En el AT la misericordia se expresa frecuentemente mediante el término *rahamim* (alusivo al seno materno y a las entrañas de la persona), mientras que en el NT la palabra que mejor la denota es *hesed* (asociada semánticamente a la benevolencia, al favor inmerecido, a la afabilidad y a la gracia)⁵.

En los distintos textos y ediciones bíblicas, el sustantivo «misericordia» es utilizado para traducir varios vocablos, tanto hebreos como griegos. Cada uno de ellos tiene un significado propio con diversos matices. Lo que sí es cierto es que remarcan que Dios es misericordioso con todas las criaturas, con su pueblo y también con los pecadores. Con todas las criaturas ya que, al terminar de crear cada una de ellas, se complace en el feliz resultado y en la bondad de todo lo que su palabra ha llamado a su existencia. Con su pueblo, ya que se alude a una especial misericordia al establecer un vínculo de elección con las personas que ha querido ligarse gratuitamente, en un pacto eterno de fidelidad. Con los pecadores, ya que la bondad de Dios supera todos los límites y se evidencia concretamente en la fidelidad, el perdón y la búsqueda de conversión y de vida de su pueblo⁶.

En el **Antiguo Testamento** aparece Yahveh como el que escucha al pobre que clama a Él, porque es misericordioso. Yahveh es también el Dios clemente. Es tan intensa, en algunos momentos, la afinidad de Dios con la misericordia, que ésta aparece dándole nombre propio y convirtiéndole en «el misericordioso». A la hora de hablar de la misericordia, los textos veterotestamentarios se fijan en que mediante ella Dios expresa su favor, brinda su gracia, mantiene su fidelidad, exterioriza su amor y su compasión... La misericordia de Yahveh aparece caracterizada por los adjetivos «muchacha» o «grande». Donde Él

5 Cf. Bultmann, R., Voz «éleos», en *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* (2), Verlag W. Kohlhammer, Stuttgart 1933-1979, col. 474-482.

6 Cf. Sisti, A., Voz «Misericordia», en Rossano, P., Ravasi, G. y Girlanda, A., *Nuevo diccionario de Teología bíblica*, Ed. San Pablo, Madrid 1990, p. 1216-1221.

prefiere derramar su misericordia es en los huérfanos y en las viudas. También muestra su misericordia a Israel, a las tiendas, a Jerusalén y a sus piadosos. En el AT la misericordia de Dios es esperada, se confía en ella y se concede a los elegidos. Adquiere, incluso, una tonalidad escatológica. Apelando a la misericordia divina, los textos veterotestamentarios exhortan a practicarla en las relaciones con los demás⁷.

La misericordia de Dios queda probada ya desde los primeros libros de la Biblia. En el **Génesis** se ve cómo un Dios misericordioso hace la creación buena e incluso muy buena (Gn 1,4.10.12.18.20.25.31). Después del pecado de nuestros primeros padres, Dios da pruebas de su amor misericordioso: da vestidos a los seres humanos, con el deseo de que puedan preservar su dignidad (Gn 3,20). Algo parecido sucede tras el episodio del diluvio y la historia de Noé: Dios vuelve a bendecir al ser humano, poniéndole misericordiosamente bajo su protección (Gn 8,23; 9,15ss). También en el Génesis, aunque en unos capítulos posteriores, se capta la finura y la ternura de Dios al expresar su misericordia en la figura de Abraham. En él precisamente son bendecidos por Dios todos los pueblos de la tierra (Gn 12,3). En su historia puede rastrearse que el Dios que le sostiene en medio de su peregrinación creyente es un Dios benévolo y fiel, por tanto misericordioso (cf. Gn 24,12.14.27; 32,11).

En el libro del **Éxodo** tenemos una misma melodía teológica, aunque compuesta en el pentagrama de una historia concreta distinta. Dios aparece, en este caso, vestido con los atuendos del liberador. Es misericordioso liberando. Tras escuchar las quejas de su pueblo, ante las atrocidades de sus opresores, decide bajar a liberarlo (Ex 3,7ss.). Dios, «el que es» (Ex 3,14), quiere mantener por siempre una alianza con los suyos. Él quiere adoptar a su pueblo como «pueblo suyo», al tiempo que quiere ser su Dios (Ex 6,7). Un signo de la misericordia divina puede hallarse escrito, y hasta esculpido, en los diez mandamientos grabados en las dos losas de piedra (Ex 20,1-21). Si el pueblo es fiel a su contenido, si se mantiene firme junto al Dios misericordioso que se lo ha dado, entonces disfrutará de la eter-

7 Evitamos la exhaustividad a la hora de explicitar los textos bíblicos que cimentan y corroboran estas afirmaciones sobre la misericordia en el AT. Pueden consultarse pormenorizadamente en Haag, H. – Van den Born, A. – Ausejo, S. de, *Diccionario de la Biblia*, Ed. Herder, Barcelona 2000, p. 1262 y 1263.

na misericordia de Dios. Tras la ruptura de las tablas por parte de Moisés, evento cuyo origen está en la infidelidad de un pueblo mal dispuesto a la hora de creer y de conservar la obediencia a la alianza (Ex 32), Dios vuelve a mostrarse como misericordioso. El detonante del proceso es el propio Moisés que, conocedor de las ingratas acciones del pueblo al que acompaña, intercede por ellos a su favor. La respuesta de Dios no se deja esperar; enseña con sublime sabiduría que Él tiene misericordia de quien quiere (Ex 33,19). Y es que es verdad: el Dios que se dirigía a Moisés, y que no cesaba de proteger a su querido pueblo, es un Dios compasivo, clemente, paciente, generoso en bondad y también rico en lealtad (cf. Ex 34,6).

La **Literatura profética** habla de la misericordia de Dios, enlazándola genialmente con el vuelco del corazón y con la conmoción de las entrañas. Ahí está como vestigio sublime el mensaje de Dios, brindado mediante el profeta Oseas. Es un tesoro. En un primer momento se ve cómo Dios tiene que mostrar su compasión a un pueblo que ha sido de todo menos fiel (Os 1,6). A pesar de que su pueblo ya no se merezca más ser «su pueblo» (Os 1,9), el propio corazón de Dios da un giro de ciento ochenta grados. Al corazón de Dios le ha dado un vuelco, hasta el punto de que Él mismo asegura que se le conmueven las entrañas. Es cierto el mensaje divino cuando, hablando de su autor, dice que es Dios y no hombre, Santo en medio del pueblo, y no enemigo devastador (Os 11,8ss). Así como Él es misericordioso, desea que sus hijos también practiquemos el derecho y la amabilidad (Os 2,21; 12,2)

En los **Salmos** se ve claramente el rostro del Dios misericordioso.

Es Dios misericordioso porque brinda atención, consuelo y ayuda a los pobres y a los oprimidos (sal. 9,10.19; 10,14.17; 22,25; 113,4-8).

Sus propias sendas son sendas de bondad y lealtad para los que observan su alianza y sus preceptos (sal. 25,10). Siendo misericordioso, su fidelidad se extiende y llega incluso hasta las nubes (sal. 36,6).

David, tras haber cometido el adulterio con Betsabé, la mujer de Urías, se acoge a la misericordia de Dios entonando el famoso salmo 50 y suplicándole a su Dios: «misericordia, oh Dios, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa» (sal 51,3).

Dios es aquel que perdona todas las culpas y cura todas las dolencias; es el que rescata la vida del sepulcro, y el que corona de gracia y de misericordia (sal. 103,3-4). Es el compasivo, el clemente, el paciente y el misericordioso (sal. 103,8; 145,8).

La misericordia de Dios queda relacionada con su bondad en el sal. 106,1; 107,1.

Dios exterioriza su misericordia ya que se constituye en el Señor que libera a los cautivos, que abre los ojos a los ciegos, y que levanta al caído; además es el Dios que protege a los extranjeros, que sustenta al huérfano y a la viuda, que ama a los justos y que entorpece el camino de los malvados (sal. 146,7-9). La misericordia de Dios no es una realidad pasajera, portadora de una fecha de caducidad. Es constante y dura siempre. El autor del salmo 136 es bien consciente de ello y por esta razón a cada uno de los versos con los que habla de las maravillas realizadas por Dios lo acompaña aseverando que «es eterna su misericordia».

Dios comparte su amor misericordioso con sus hijos, y esto le lleva a sanar los corazones afligidos, vendando sus heridas, sosteniendo a los humildes y humillando a los malvados hasta el polvo (sal. 147,3.6).

En la misma onda teológica se encuentran el sal. 145,8, sal 86,15 y sal. 116,5.

En el **Nuevo Testamento** la misericordia aparece con dos notas bien claras: concreción y universalidad. Concreción, porque la misericordia aparece centrada en la persona de Jesús; universalidad, porque queda abierta a todos los hombres. La misericordia aparece vinculada semánticamente a la compasión; los textos que lo muestran se encuentran, entre otros lugares, en Mt 9,35-36; Mc 6,34; Mt 5,7; Mt 25,31-46; Lc 10,30-37; 15,11-32. Dos lecciones sobre la misericordia en el NT podrían resumirse en lo siguiente: 1º: Dios es Padre de misericordia. Una afirmación que retoma ecos de Ex 34,6, de 2 Cor 1,3-4 y de Is 66,13⁸. 2º: Jesús quiere misericordia y no sacrificios. Una mi-

8 Cf. Pikaza, X., *Diccionario de la Biblia. Historia y Palabra*, Ed. Verbo Divino, Estella 2008, p. 652 y 653). Pueden ampliarse estas referencias en Gomez Acebo, I., *Dios también es Madre*, Ed. Paulinas, Madrid 1994; Schnackenburg, R., *Amistad con Jesús*, Ed. Sígueme, Salamanca 1998; Vélchez, J., *Dios, nuestro amigo. La Sagrada Escritura*, Ed. Verbo Divino, Estella 2003.

sericordia que está por encima de la ley, y que se entiende como gratuidad abierta a todos los hombres y como el poder mayor de todos.

En los **Evangelios**. Jesús aparece lleno de compasión por su pueblo (Mc 6,34). También exterioriza este mismo sentimiento ante la viuda de Naín, desesperada y desconsolada ante la muerte del único hijo que tenía (Lc 7,13). El sentimiento de conmoción de Jesús llega a un punto cimero y doloroso cuando se encuentra ante el sepulcro de su amigo Lázaro, que ha perdido la vida (Jn 11,38).

En el **Evangelio de Lucas**, que es llamado el evangelio de la misericordia, se cristaliza de algún modo la quintaesencia que define lo más puro del corazón de Dios. Dios aparece aquí (sobre todo en el capítulo 15) como el Padre que jamás se da por vencido, ni siquiera, a la hora de mostrar su inmenso amor ni a la hora de esperar con una enorme paciencia la superación de situaciones críticas por parte de los que somos sus hijos. Dios es el Pastor que va a buscar a la oveja perdida (Lc 15,1-7), dejando a las noventa y nueve y cargando sobre el hombro a la que no tuvo la mejor suerte. Es aquel cuyo amor busca hasta encontrar lo perdido y se alegra al haberlo recuperado, como lo muestra el relato de la moneda perdida (Lc 15,8-10). Es también aquel que, trascendiendo la lógica fría y calculadora de este mundo, desnuda completamente su ser y su pensar cuando el hijo pródigo vuelve tras su huída y cuando el hijo mayor es incapaz de asimilar la dilatación de una lógica que (por ser creyente) es portadora de una desmesura inusual (Lc 15,11-32)⁹.

En **Mateo** 1,22ss se ve la concreción de la misericordia de Dios en que Él no es un Dios lejano. Es un Dios que está con nosotros. Mateo sube al escenario a los destinatarios privilegiados de la misericordia de Dios. Son tan privilegiados que hasta el mismo evangelista no duda en llamarlos dichosos: entre ellos están los pobres, los afligidos, los no violentos, los misericordiosos, los pacíficos y los perseguidos (Mt 5,3-11). El Señor exhorta a cargar con su yugo y aprended de Él que es toleran-

⁹ Recomendamos vivamente la relectura del libro que tanto bien nos ha hecho a muchos, y cuya referencia es Nouwen, H. J. M., *El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*, Ed. PPC, Madrid 2005. Invitamos a leer, especialmente, las páginas 97 a 128, alusivas al Padre misericordioso.

te y humilde de corazón (cf. Mt 11,29). Cristo siente compasión por muchos enfermos (Mt 14,14). También por el pueblo hambriento (Mt 15,32). Lo mismo ocurre con los ciegos (Mt 20,34). Cuando la gente sale al encuentro de Jesús grita que tenga piedad de ellos (Mt 9,27).

En la teología de **Pablo**, la misericordia de Dios se canaliza especialísimamente a través del cauce crístico. En Filipenses 2,6-11 hallamos la cima de la misericordia de Dios, que se entrega por nosotros. Aquí nos topamos sorprendentemente con la kénosis divina y con el vaciamento propio o el autovaciamento de Dios. El que tenía condición divina, por su infinita misericordia, adopta la condición de esclavo. Se da un salto cualitativamente sublime. El Señor se abaja, se arrodilla, se humilla y se entrega a la cruz, con todo lo que la cruz significa. Es precisamente el hombre más misericordioso del mundo aquel en quien Dios tiene todas sus complacencias. Ésta es la razón por la cual Él aparece como la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia. Emerge como el principio, el primogénito de entre los muertos... En Él reside toda la plenitud y gracias a Él se reconcilian todas las cosas, obteniéndose el don de la paz mediante la sangre de su cruz (Col 1,18-20).

2. LA MISERICORDIA EN SAN AGUSTÍN¹⁰

De entre las muchas referencias a las que el *Doctor gratiae* asocia la misericordia, vamos a quedarnos con las cuatro más representativas de su pensamiento sobre este tema: Dios, Cristo, las virtudes y las obras de misericordia.

—**Dios** aparece en Agustín como fuente de misericordia. Una misericordia que es capaz de sanar al hombre: «He aquí —dice el hiponense al Señor— que no oculto mis llagas. Tú eres médico, y yo estoy enfermo; tú eres misericordioso, y yo miserable» (*Ecce vulnera mea non abscondo; medicus es, aeger sum; misericors es, miser sum*)¹¹. Hemos de reconocer nuestra defor-

¹⁰ Se pueden completar las reflexiones que Agustín hace sobre la misericordia en Fitzgerald, A., Voz «Misericordia, obras de misericordia», en Fitzgerald, A., *Diccionario de San Agustín. Agustín a través del tiempo*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, p. 898-905; Swift, L., «Giving and forgiving: Augustine on Eleemosyna and Misericordia», *Augustinian Studies*, 32 (2001) 25-36; Lasanta, P. J. – Olmo, R. del, *Diccionario doctrinal de San Agustín*, Ed. Edibesa, Madrid 2003, p. 516-523.

¹¹ Conf. 10,28,39.

midad, para que el Médico misericordioso nos hermosee¹². La misericordia es un don tan decisivo para el hombre que el santo invita incluso a exigírsela al propio Dios¹³. No estamos ante una realidad monocroma o monocorde, sino dotada de una pluralidad de matices muy particulares. Dios es fuente de las misericordias¹⁴. Dios, en su misericordia, nos capacita para no quedarnos a mitad del camino de la vida; de la misericordia de Dios depende el que alcancemos lo que deseamos y lleguemos a la meta¹⁵. Su gran misericordia define la magnitud de su amor. Agustín asegura que Dios perdona todos los pecados, tanto los cometidos voluntariamente, como los que se dejan de hacer por su favor¹⁶. Si abusamos de la misericordia divina nos desviamos a la perdición, pues Dios es Dios de misericordia y también es Dios de juicio¹⁷.

Podemos señalar que su misericordia se expande por doquier; sí, la tierra está llena de la misericordia del Señor. Está llena porque Dios perdona los pecados en todo el mundo, puesto que mandó a los cielos que lloviesen en la tierra¹⁸. La tierra está llena de la miseria humana y de la misericordia divina¹⁹. La misericordia precede al perdón de los pecados. No aparecería la verdad en el cumplimiento de las promesas, si no precediese la misericordia en la remisión de los pecados²⁰. Si primeramente Dios no perdonase por la misericordia, no encontraría qué coronar por el juicio. Cuando la paciencia de Dios arrastra a los pecadores a la penitencia, es cuando llega el tiempo de misericordia²¹.

El Dios de la misericordia no está esperando a que demos el primer paso si nos hemos alejado de Él, sino que su misericordia es la que toma la iniciativa: «no me levantaré yo el primero para ir a ti, sino que tú viniste a mí a despertarme, porque tu misericordia se me adelantó»²². Aquel a quien Dios

12 Cf. corrept. 5,7.

13 Cf. en. Psal. 32,2,2,28.

14 Cf. conf. 6,15,25.

15 Cf. div. quest. Simplic. 1,2,10.

16 Cf. conf. 2,7,15.

17 Cf. en. psal. 31,2,1.

18 Cf. en. psal. 32,2,2,8.

19 En. Psal. 32,2,2,4.

20 Cf. en. psal. 88,1,3,3.

21 Cf. en. psal. 100,1,1.

22 Cf. en. psal. 58,1,19,11.

mostró su misericordia, no puede ensoberbecerse, pues al mostrarle su misericordia, le hace ver que cuanto de bueno tiene el mismo hombre, lo tiene sólo por Aquel que es nuestro absoluto Bien; y al ver el hombre que todo el bien que tiene no lo tiene de sí mismo, sino procediendo de Dios, se da cuenta de que cuanto dimana, dimana de la misericordia de Dios, no de sus propios méritos²³.

El Dios de la misericordia es también el Dios del juicio. Ni en la misericordia deja a un lado el juicio, ni en el juicio deja a un lado la misericordia. Es el omnipotente. Se compadece, tiene en cuenta su imagen, nuestra fragilidad, nuestro error, nuestra ceguera... Llama y perdona los pecados de los que se convierten, pero no perdona a los impenitentes. Dios, porque ama la misericordia, conviene que cumpla lo que promete; y porque ama el juicio, conviene que exija lo que dio²⁴. No hemos de abusar de la misericordia de Dios. Hay que atender a la misericordia, pero también hay que temer el juicio. Si queremos cantar la misericordia y el juicio, entendamos que Dios perdona para que nos corrijamos, no para que permanezcamos en la iniquidad. Reconociendo que obra en nosotros su misericordia, hemos de esperar también su juicio²⁵.

Dios, que salvará por su misericordia, condenará al mismo tiempo con justicia, equidad y verdad²⁶. Es el Dios que quiere que caminemos en la Verdad, pues en Él la misericordia y la verdad se dan la mano. Para caminar por la senda de Dios hay que armonizar las dos. No hay que juzgar contra la verdad por defender la misericordia. Tampoco hay que olvidarse de la misericordia por sostener inflexiblemente la verdad²⁷. Indica José Luis Cancelo²⁸ que, en San Agustín (y también en Santa Teresa de Jesús, mística que se asemeja en no pocos elementos al hiponense), Dios es Dios de la misericordia, Dios íntimo y Dios personal. Es un Dios que se preocupa de cada persona y de cada individuo, como si no tuviera otra cosa que hacer²⁹. Esta con-

23 Cf. en. psal. 84,9,8.

24 Cf. en. psal. 32,2,1,10-12 y 2.

25 Cf. en. psal. 100,3.

26 Ep. 194,23.

27 Cf. en. psal. 88,1,25,25.

28 Consultar el detallado y lúcido análisis que hace en Cancelo, J. L., «El Dios íntimo y personal de San Agustín y Santa Teresa. El Dios de la misericordia», *Revista Agustiniana*, 54 (2013) 281-346.

29 Cf. conf. 3,11,19.

descendencia hace brotar lágrimas. Es un Dios inefable y —a la vez— misericordioso; para el santo decir «Dios mío» (*Deus meus*) significa decir «misericordia mía» (*misericaordia mea*)³⁰. Es un Dios que lucha sin desmayo dentro del hombre a favor del hombre³¹. El combate misericordioso de Dios dentro de Agustín se manifiesta a través de algunas experiencias de su vida personal. Dios actúa también misteriosamente, en el silencio, en lo escondido, con paciencia y con magnanimidad, aunque no nos demos cuenta de ello. Es un Dios que logra su propósito misericordioso sirviéndose, a veces, de personas indeseables³². Es el Dios de la salud, que busca sanar y salvar a un hombre que es débil e indigente. Frente a la miseria del hombre aparece —como respuesta— la misericordia de Dios. Es un Dios fiel que no olvida al que se olvida de Él³³. Indiquemos, además, que gracias a la misericordia divina somos dignos y buenos³⁴. Somos los miserables al lado del misericordioso³⁵, y Él es capaz de transformarnos.

— **Cristo** relaciona su misericordia con nuestra salvación. Una gran obra de misericordia de Cristo (evidenciada en no pocos actos salutíferos) consiste en haber tenido compasión de nuestra desdicha³⁶. En Cristo se condensa la misericordia que Dios nos ha tenido. Se trata de una misericordia que nos habilita para superar las tentaciones del mundo, las asechanzas del diablo, la fatiga de esta vida, los placeres de la carne, el oleaje de estos tiempos tumultuosos, y todo tipo de adversidad corporal o espiritual. El propio Cristo nos mostró su misericordia ayudando y orando por nosotros. En Cristo está la mayor misericordia que ha descendido del cielo. Él es el que auxilia al ser humano para que salga victorioso ante las iniquidades. El hombre puede pedir a Dios misericordia, siempre y cuando él haya sido misericordioso con los que le han pedido ayuda³⁷. Cristo nos invita a vivir en la bondad, en la misericordia, y en los demás bienes de Dios³⁸. Jesucristo es alguien decisivo en el pro-

30 Cf. conf. 13,11.

31 Cf. s. 128,9.

32 Cf. conf. 7,9,13.

33 Cf. conf. 13,1,1.

34 Cf. c. ep. Pel. 4,6,15.

35 Cf. conf. 10,28,39.

36 Cf. s. 207,1; 106,4.

37 Cf. s. 207,1-3.

38 En. psal. 35,7,6,11.

ceso de comunicación del auxilio salútfero de Dios al hombre: nos acerca a la misericordia salvífica de Dios³⁹. Tanto la misericordia como la verdad se hallan en Cristo, y fuera de Cristo no se encuentran en ninguna parte⁴⁰.

Cristo es Redentor misericordioso⁴¹. Al mismo tiempo es juez misericordioso⁴². Integra justicia y misericordia. Si queremos conocer la misericordia del Señor, si queremos conocer de verdad al Señor, mantengamos la justicia y será coronada la justicia⁴³. No son incompatibles, buscando la sanación de alguien, el azotar y el castigar con la misericordia. No hay que rechazar el castigo, pero sin apartarse nunca de la misericordia⁴⁴. En la misericordia divina Cristo nos ofrece su luz; también lo hace mediante el servicio⁴⁵. A través de la misericordia de Cristo, los cristianos están llamados a ser misericordiosos con otros⁴⁶.

— **Las virtudes** las traemos a colación ya que el hiponense vincula a la misericordia algunas virtudes humanas. Lo hace, por ejemplo, con la esperanza: «toda mi esperanza no estriba sino en tu muy grande misericordia. Da lo que mandas y manda lo que quieres» (*tota spes mea non nisi in magna valde misericordia tua. Da quod iubes et iube quod vis*)⁴⁷. La relaciona también con las obras humanas⁴⁸. Algo parecido acontece con el perdón, la corrección y la curación⁴⁹. En el tándem virtuoso de justicia y misericordia, Agustín reconoce en varios momentos la prioridad de la misericordia sobre la justicia⁵⁰. La misericordia consiste en perdonar los pecados, y la justicia, en castigarlos⁵¹. Valora la misericordia en el ejercicio de la limosna, aludiendo al dar y al perdonar⁵². Indica que expresar la generosidad es un acto abierto a todos, a ricos y a pobres⁵³.

39 En. psal. 32,2,2,24.

40 Cf. en. psal. 118,3,3.

41 Lib. arb. 3,20,55.

42 Cf. ep. 140,34,79.

43 Cf. en. psal. 39,19.

44 Cf. en. psal. 88,2,2,31-35.

45 Cf. adn. Iob 36,25-33.

46 Cf. s. 222,2.

47 Conf. 10,29,40.

48 Cf. ep. 157,1.

49 Cf. ep. 33,3; lib.arb. 3,10; retr. 1,26.

50 Cf. cons.ev. 2,27,61; civ.Dei 10,5; en.Ps. 49,12.

51 Cf. en.psal. 50,7,4.

52 Cf. s. 205,3.

53 Cf. s. 206,2; s. 106,4.

En el terreno de las virtudes, Agustín exhorta a practicar la misericordia con el alma propia, que puede pedirnos justicia. Asegura que hemos de empezar ayudándonos a nosotros mismos⁵⁴, siguiendo la propuesta según la cual el amor a otros debe plasmarse con arreglo al amor a uno mismo (Mt 22,39). Por lo demás, apostilla que no es misericordioso aquel que fomenta los vicios, y no quiere apesadumbrar la voluntad de los que pecan⁵⁵. La virtud de la misericordia da tranquilidad al alma, si no olvidamos que habrá un juicio de misericordia para los misericordiosos⁵⁶. Hemos de recibir la misericordia y temer el juicio, no sea que, cuando venga Él a reclamarnos, nos exija de tal modo que nos deje vacíos⁵⁷. Los que se libran de la condena no se llaman vasos de mérito, sino vasos de misericordia.

Estamos ante la misericordia del que envió a Jesucristo a este mundo para salvar a los pecadores⁵⁸. Si queremos conseguir la misericordia de Dios, seamos misericordiosos. Si un miserable no tiene compasión de otro miserable, ¿cómo va a suplicar misericordia de quien nunca será miserable? Si tú que eres hombre niegas a otro hombre la humanidad, también Dios te negará la divinidad, y la incorrupción de la inmortalidad, que nos convierte en dioses⁵⁹. La virtud de la misericordia nunca es epidérmica, sino algo nacido de las entrañas; estamos llamados a tener entrañas de misericordia, porque quien no ejerce la misericordia será sometido a un juicio sin misericordia⁶⁰. Esta virtud ha de dirigir nuestra mirada ante las necesidades de los más miserables. Y es que la misericordia trae su nombre del dolor por un miserable: la palabra incluye otras dos: *miseria* y *cor*, miseria y corazón. Se habla de misericordia cuando la miseria ajena toca y sacude el corazón. Hemos de considerar que todas las obras buenas que realizamos en esta vida caen dentro de la misericordia⁶¹.

— *Las obras de misericordia* tienen un puesto destacado en la mente y en la pluma del Obispo de Hipona. Advierte que

54 Cf. s. 106,4.

55 Cf. ep. 104,4,16.

56 Cf. ep. 140,31,75.

57 Cf. en. psal. 32,2,2,2.

58 Cf. nat. et gr. 5,5.

59 Cf. s. 259,3.

60 Cf. ep. 142,4.

61 Cf. s. 358,A,1.

hemos de ser humildes, admitiendo honradamente que también nosotros tenemos necesidad de la ayuda de Dios para las cosas que nos superan. Hemos de ser misericordiosos ayudando al pobre en lo que podemos, ya que queremos ser ayudados por el Omnipotente, en aquello que no podemos⁶². Las obras de misericordia adquieren su verdadero brillo en la Iglesia. Son valiosas cuando el que actúa está incorporado a la Iglesia mediante el vínculo de la comunión cristiana y la paz⁶³. Estas obras de misericordia, que edifican la comunidad cristiana, son signos elocuentes de la fe en Cristo. Es desde aquí desde donde hemos de esforzarnos por irradiar y ampliar las obras de misericordia⁶⁴. A través de estas obras estamos convocados a cooperar con la misericordia de Dios⁶⁵. Tras la constatación sincera de nuestra propia necesidad deberíamos ejercitar el amor con obras de misericordia⁶⁶.

La obra buena contiene una doble acción misericordiosa: una espiritual y otra corporal. Con la misericordia corporal se socorre a los hambrientos, a los sedientos, a los desnudos y peregrinos; pero, cuando se muestran estas mismas obras, a la vez que provocan a la imitación, alimentan también los espíritus y las mentes. Uno se alimenta con la obra buena y el otro con el buen ejemplo, pues ambos tienen hambre. Uno quiere recibir para alimentarse y el otro quiere ver algo que imitar.

Con la expresión de las buenas obras los cristianos son luz del mundo. Todo hombre que obra bien es una lámpara, destinada a alumbrar a todos, cuando todos ven a alguien a quien imitar. No hay que tener miedo en actuar delante de los hombres. El Señor no mandó que se ocultasen las buenas obras; pidió que no se pensase en la alabanza humana al hacer las buenas obras. El fin de las buenas obras es que los hombres glorifiquen al Padre, que está en los cielos. En resumen: no buscar la propia alabanza (la recompensa humana), sino la alabanza y la gloria de Dios⁶⁷.

62 Cf. ep. 171 bis.

63 Cf. bapt. 1,10; 4,28; praed.sanct. 12; s. 106,1ss; s. 149,7.

64 Cf. ep. 122,2.

65 Cf. ench. 32; civ. Dei 10,6.

66 Cf. s. 106,4; en.Psal. 32,2.3.

67 Cf. s. 338. Puede leerse íntegramente en <http://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/index2.htm> [Consulta: 14.05.2015]. Nosotros nos hemos servido de ella.

Es evidente, y no podría ser de otro modo, que los destinatarios primeros de la misericordia deberían ser los más necesitados. Es cierto que estamos llamados a practicar la misericordia con los que están bajo los porches, con los hambrientos, con los que tiemblan de frío, con los necesitados y con los forasteros⁶⁸. No se trata sólo de desarrollar obras espirituales, por otro lado laudables; las corporales son altamente significativas en la teología agustiniana. Frente a los maniqueos (cuyo ascetismo prohibía obras corporales de misericordia a los «perfectos»), Agustín las defiende⁶⁹.

Concluyamos nuestra reflexión agustiniana con un elemento decisivo: la limosna. Es, para el santo, un acto sublime; pero el acto de dar limosna no niega cualquier castigo por el pecado. Si las vidas de las personas distan mucho de ser ejemplares no ha de presuponerse una seguridad plena de salvación. La limosna no quiere fomentar impunemente el pecado⁷⁰. La limosna, para ser valiosa, ha de estar acompañada de la búsqueda de la justificación⁷¹. Dar limosna es un deber cristiano⁷², y ha de estar acompañada de una vida santa y virtuosa. Si la virtud más alta es el amor, es cierto que las buenas obras han de hacerse por un verdadero amor a nuestro prójimo⁷³. Es aquí donde se verifica que el hombre más misericordioso es el hombre más compasivo. Nunca hay que rechazar la compasión. Agustín advierte que merece aprobación quien, por razón de la caridad, se compadece del miserable. Quien es verdaderamente compasivo quisiera que no hubiera de qué dolerse. Dice: «Tú, Dios mío, te compadece de las almas de un modo mucho más puro, por no sentir ningún dolor»⁷⁴.

3. LA MISERICORDIA EN SANTA FAUSTINA KOWALSKA

El **mensaje de la misericordia** ha resonado con una intensidad inusitada desde el momento en el que una mujer aparece en la historia de la Iglesia como destinataria y transmisora de un mensaje venido del mismísimo Dios. Su nombre es San-

68 Cf. s. 25,8.

69 Cf. mor. 1,54; 2,53.

70 Cf. civ. Dei 21,22 y 27.

71 Civ. Dei 21,27.

72 Cf. s. 208,2.

73 Ep.Io. 6,4; Io.ev.tr. 17,8.

74 Cf. conf. 3,2,3.

ta Faustina Kowalska. Los seis cuadernos que integran su *Diario* sobre *La Divina Misericordia en mi alma* son un vestigio de primer orden para percibir la importancia de este mensaje divino para la humanidad. Fueron escritos durante los últimos 4 años de la vida de la santa.

Santa María Faustina Kowalska emerge en la historia de la Iglesia contemporánea como **apóstol de la Divina Misericordia**. Nace en la aldea de Glogowiec, actualmente en la provincia de Konin (Polonia), el día 25 de agosto del año 1905. Siendo la tercera de diez hermanos, su nombre de bautismo fue el de Elena. Desde los 7 años se siente llamada a la vida religiosa y el 1 de agosto de 1925 entra en una casa de la Congregación de las Hermanas de la Madre de Dios de la Misericordia, en Varsovia. Tras una vida religiosa intensa, y viviendo en su propia persona una sorprendente maduración espiritual, Sor Faustina fallece en olor de santidad el 5 de octubre de 1938, cuando contaba con 33 años de edad. Los 13 últimos los pasó en el convento⁷⁵.

Sor Faustina encarna en su persona el perfil de monja sencilla, sin grandes estudios. Dos virtudes suyas son la valentía y el abandono confiado y completo en Dios. Ella es la elegida por el Señor, para dirigir a todo el mundo el mensaje de la misericordia. En su *Diario* leemos lo siguiente: «Te envío a toda la humanidad con Mi misericordia. No quiero castigar a la humanidad doliente, sino que deseo sanarla, abrazarla en mi Corazón Misericordioso»⁷⁶. También hallamos estas otras palabras: «Tú eres la secretaria de Mi misericordia; te he escogido para este cargo, en esta vida y en la vida futura»⁷⁷. La misión de Sor Faustina se la da el propio Señor, para que dé a conocer a las almas la gran misericordia que él tiene con ellas, y para que las invite a confiar en el abismo de su Misericordia⁷⁸.

75 Cf. Kowalska, S^a. M^a. F., *Diario. La Divina Misericordia en mi alma*, Ed. Levántate, Granada 2003, p. 9 a 11.

76 *Diario*, 1588.

77 *Diario*, 1605.

78 Cf. *Diario*, 1567. Puede profundizarse en dicho mensaje acudiendo a Requena, F. M., «La Misericordia Divina en la espiritualidad cristiana de entreguerras. Tres «mensajes» en el camino de Santa Teresa de Lisieux: Benigna Consolata, María Teresa Desandais y Santa Faustina Kowalska», *Scripta Theologica*, 35 (2003/2) 558-57. El autor explicita que Sor Faustina es la secretaria de la Misericordia y que tiene como deseo primero el que las almas conozcan a la fuente de su felicidad, el Dios bueno y misericordioso. Así se anticipará el reinado de Jesucristo, gracias a la entrega generosa de las almas y al auxilio de la Eucaristía.

El mensaje sobre la misericordia, que de una manera admirable nos transmite la santa, no es un mensaje enteramente novedoso para los oídos de los cristianos. Es cierto, por lo demás, que la doctrina sobre el amor misericordioso de Dios al hombre había caído en desuso. Eran necesarios nuevos modos de culto a la Divina Misericordia, con el objetivo de alcanzar una renovación religiosa con las apoyaturas de la confianza y la misericordia cristianas⁷⁹.

De lo que se trata ahora, a fin de cuentas, es de volver a vivir **dos prescripciones medulares del cristianismo**: confianza en la bondad de Dios y misericordia para con el prójimo⁸⁰. El mensaje dado a Sor Faustina subraya el puesto de la confianza; ella es la puerta de la justificación, pues ningún alma se justificará sino se dirige con confianza a la Misericordia del Señor⁸¹. No se trata de estar sólo mirando a la Misericordia de Dios, mientras se mantienen los brazos cruzados. Las exigencias de la misericordia de Dios manifiestan que la fe sin obras, por fuerte que ésta sea, es inútil⁸².

En cuanto a las formas de devoción a la Divina Misericordia, el Padre Rózycki distingue cinco: la primera pone los ojos en la imagen de Jesús Misericordioso; la segunda se relaciona con la Fiesta de la Misericordia; la tercera hace alusión a la coronilla de la Divina Misericordia; la cuarta tiene que ver con la Hora de la Misericordia; y la quinta y última alude al establecimiento de una comunidad multinacional de consagrados, entregados en cuerpo y alma a reflejar la misericordia de Dios en sus propios corazones⁸³.

Los mensajes centrales dados por Cristo a Sor Faustina quedan adheridos magnéticamente a las cinco maneras devocionales apuntadas anteriormente. Si hay por el mundo una imagen que nos haga pensar automáticamente en la Divina Misericordia, ésa es precisamente la del Cristo del que salen dos rayos. La elaboración de dicha imagen tiene su origen en las propias palabras del Señor, que le dijo a la santa: «pinta una imagen según el modelo que ves, y firma: Jesús, en ti confío»⁸⁴.

79 Cf. Kowalska, S^a. M^a. F., *Diario. La Divina Misericordia...*, p. 11.

80 Cf. Kowalska, S^a. M^a. F., *Diario. La Divina Misericordia...*, p. 12.

81 Cf. *Diario*, 570.

82 Cf. *Diario*, 742.

83 Cf. Kowalska, S^a. M^a. F., *Diario. La Divina Misericordia...*, p. 12 a 17.

84 *Diario*, 47.

Quiero que esta imagen (...) sea bendecida con solemnidad el primer domingo después de la Pascua de la Resurrección; ese domingo debe ser la Fiesta de la Misericordia⁸⁵. Es en este día cuando los sacerdotes han de hablar a las almas sobre la Misericordia de Cristo»⁸⁶.

Es tan importante el mensaje de la misericordia que podría anotarse que el Señor viene casi a exigirle a la santa que no cese de hacerlo conocer; ella ha de mostrar siempre misericordia al prójimo, en todas partes, sin dejar de hacerlo, y sin buscar excusas ni tampoco justificaciones que lo impidan⁸⁷.

El Señor quiere enseñar, ante todo y sobre todo, **un culto centrado en la confianza en Dios⁸⁸ y en la caridad con el prójimo⁸⁹**. El Señor quiere y pide que confiemos en Él⁹⁰. Esta confianza ha de estar acompañada por las obras de misericordia, canalizadas a través de buenos actos, de buenas palabras y de oración. Así es como se da culto verdaderamente a la Divina misericordia. No se exigen necesariamente palabras, pero sí actitudes injertadas en la fe, en la confianza en Dios y en el deseo de crecer en misericordia⁹¹.

Es de todos conocido que de esta imagen crística brotan dos rayos: el rayo pálido simboliza el Agua que justifica a las almas. El rayo rojo simboliza la Sangre que es la vida de las almas (...). Afirma el Señor Jesús que «ambos rayos brotaron de las entrañas más profundas de Mi misericordia cuando Mi corazón agonizante fue abierto en la cruz por la lanza. Estos rayos protegen a las almas de la indignación de mi Padre. Bienaventurado quien viva a la sombra de ellos, porque no le alcanzará la justa mano de Dios»⁹². En esta imagen, en la que se invita a la confianza en el Señor (el letrado que lleva debajo indica «Jesús confío en ti»), está la fuente de la que brotan a borbotones

85 *Diario*, 49.

86 Cf. *Diario*, 570.

87 Cf. *Diario*, 742.

88 El propio Señor le asegura a la santa polaca que se hace dependiente de su confianza; si la confianza de la santa es grande, la generosidad de Jesús no conocerá límites (cf. Kowalska, S^a. M^a. F., *Diario...*, p. 548).

89 Recordemos que esta caridad, según el n^o 1829 del *Catecismo*, tiene como frutos el gozo, la paz y la misericordia.

90 Cf. *Diario*, 1059.

91 Cf. Kowalska, S^a. M^a. F., *Diario...*, p. 17.

92 *Diario*, 299.

multitud de gracias. El propio Jesús, valorando el poder de esta imagen, asegura lo que viene a continuación: «por medio de esta imagen colmaré a las almas con muchas gracias. Por eso quiero, que cada alma tenga acceso a ella»⁹³.

En relación a la **Fiesta de la Divina Misericordia**, Jesús le comunica a Santa Faustina que desea que esta fiesta sea refugio y amparo para todas las almas y, especialmente, para los pobres pecadores⁹⁴. El Señor es consciente de que las almas mueren a pesar de su amarga pasión; por esta razón Él quiere ofrecer esta última tabla de salvación. Un mensaje deja claro a través de la Hna. Kowalska: «si no adoran su misericordia morirán para siempre»⁹⁵. Este día es un día singular, porque el propio Cristo asegura que quien se acerque a la Fuente de la Vida recibirá el perdón de todas las culpas y penas⁹⁶. Es el día en el que están abiertas las entrañas de su Misericordia, en el que derrama un mar de gracias a quien se acerque a Él; anima a todos con el deseo de que ningún alma tenga miedo de acercarse a Él⁹⁷, aunque sus pecados sean como escarlata⁹⁸. El Señor Jesús le dice a Sor Faustina: «¿Por qué tienes miedo y tiembles cuando estás unida a Mí? No me agrada el alma que se deja llevar por inútiles temores»⁹⁹. El Señor le dice: «No tengas miedo de nada, no te sucederá nada sin Mi voluntad»¹⁰⁰.

El mensaje del que es apóstol Sor Faustina explicita que la misericordia de Dios se derrama especialmente en los momentos críticos que puede vivir una persona al final de sus días. Aquí tiene un puesto destacado la coronilla a la Divina Misericordia. Se trata de una oración dictada por el Señor Jesús a Sor Faustina entre el 13 y el 14 de septiembre de 1935. Mediante esta oración las personas ofrecen a Dios Padre el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo, como propiciación de sus pecados, de los pecados de sus familiares y de los del

93 *Diario*, 570.

94 *Diario*, 699.

95 *Diario*, 965.

96 Cf. *Diario*, 300.

97 Sugerimos ampliar estas reflexiones, estudiando el papel que los ángeles tienen en todo este proceso (cf. Kieninger, T., «Os Anjos no Diário de Santa Maria Faustina Kowalska», *Sapientia Crucis: revista filosófico-teológica*, 11 [2010] 115-182).

98 *Diario*, 699.

99 *Diario*, 453.

100 *Diario*, 541.

mundo entero¹⁰¹. Cuando esta oración de la coronilla es rezada junto a una persona agonizante, el Señor Jesús asegura que se aplaca la ira divina, al tiempo que la insondable misericordia envuelve el alma¹⁰².

Si tuviéramos que elegir una hora del día para meditar especialmente en la Misericordia de Dios, esa hora es –sin dudas– las tres de la tarde. El número 1572 del *Diario* de la santa asegura que cuantas veces oiga el reloj dando las tres, ella está llamada por el Señor a sumergirse en Su misericordia, adorándola y glorificándola; es invitada a suplicar su omnipotencia para el mundo entero, especialmente para los pobres pecadores. A las tres de la tarde, cuando se abre la Misericordia para cada alma, Sor Faustina es convocada a rezar el Vía Crucis o –al menos– a adorar en el Santísimo Sacramento al Corazón de Jesús¹⁰³. Las tres de la tarde parece una hora mágica; Cristo le promete obtener a Faustina en esta hora todo lo que pida para ella o para los demás. Esta es la hora del establecimiento de la gracia para el mundo entero; es el momento en el que la misericordia triunfó sobre la justicia¹⁰⁴.

El mensaje de la divina misericordia de Dios¹⁰⁵, al ser un mensaje de bien, es esencialmente difusivo. Estamos ante una noticia que quiere ser propagada y divulgada por doquier. El *Diario* de Santa Faustina, en su número 1075, asegura que Cristo protegerá a las almas que difundan esta devoción. Las protegerá durante toda la vida, de la misma manera que una madre cariñosa protege a su niño recién nacido. Junto a esto, en el momento de la muerte de quien difunda esta devoción, Cristo no aparecerá como juez, sino como Salvador Misericordio-

101 Cf. Kowalska, S^a. M^a. F., *Diario. La Divina Misericordia...*, p. 15.

102 Cf. *Diario* 754 y 811.

103 Cf. *Diario*, 1572.

104 Cf. *Diario*, 1572.

105 Un mensaje que pide la aceptación confiada de la voluntad divina, sabiendo que Dios ayuda en su cumplimiento (cf. *Diario*, 489). A Dios no le falta omnipotencia para ayudarnos (cf. *Diario*, 527). También Él pide mantener la sinceridad y la simplicidad de los niños, el amor, la humildad (cf. *Diario*, 494, 512). Jesús asegura a Sor Faustina que cuando se humilla y se anonada ante Su majestad, la persigue con sus gracias, y hace uso de su omnipotencia para enaltecerla (cf. *Diario*, 576). Valora la atención a la interioridad del corazón, pues si las almas escucharan cuando Él habla en el fondo del corazón, en poco tiempo llegarían a la cumbre de la santidad (cf. *Diario* 584). Es preciso, para ello, el recogimiento. Dice Jesús: «mi voz es tan bajita que solo la pueden oír las almas recogidas» (cf. *Diario*, 1779).

so. Hagamos otras dos anotaciones: el Señor tiene almas elegidas, y le hieren más las pequeñas imperfecciones de estas almas que los pecados de las almas que viven en el mundo¹⁰⁶.

Santa Faustina muere a las once menos cuarto de la noche, el día 5 de octubre de 1938. Es beatificada por San Juan Pablo II en Roma, el 18 de abril de 1993 y canonizada, también en Roma, por el mismo papa el día 30 de abril del año 2000. Ambas celebraciones acontecieron en el primer domingo después de la Pascua, o sea en la Fiesta de la Misericordia. Entre la Divina Misericordia, Santa Faustina y San Juan Pablo II se ha ido estableciendo, providencialmente, un fuerte vínculo comunicativo que –aún hoy– no cesa de sorprendernos y maravillarnos.

4. LA MISERICORDIA EN SAN JUAN PABLO II

Sin lugar a dudas, el *corpus* más sistemático y acabado que San Juan Pablo II elabora sobre la misericordia lo ofrece en su segunda encíclica, titulada *Dives in misericordia* (=DM). Es una joya. Fue publicada en el año 1980 y consta de 15 números. Sus núcleos temáticos hacen referencia a seis aspectos claves, muy a tener en cuenta por todos los cristianos y hombres de buena voluntad: la visión del Padre, el nuevo mesianismo, la dignidad humana, la pascua de la misericordia, la misericordia y las inquietudes del mundo y la misericordia tal y como se proclama y se vive en la Iglesia¹⁰⁷. La misericordia divina ha sido un tema muy querido por el Santo Pontífice¹⁰⁸; tanto que hasta él mis-

¹⁰⁶ Cf. *Diario*, 580.

¹⁰⁷ José María Yanguas nos deja un estudio sobre cómo el Papa Magno interpreta la misericordia. Está accesible en http://dadun.unav.edu/bitstream/10171/13763/1/ST_XIV-2_05.pdf [Consulta: 15.05.2015]. Su argumento principal reivindica que el amor misericordioso es la fuente y la perfección de la justicia.

¹⁰⁸ Su mensaje subraya algunos temas: la íntima conexión de la misericordia con el amor; la cercanía que el hombre alcanza con Dios mediante la misericordia; la misericordia vista como amor de Dios al encuentro del hombre; la misericordia como inclinación hacia toda miseria humana; la misericordia revelada como perdón... En las relaciones entre misericordia y justicia, el papa afirma que la primera no lesiona la segunda, que no es posible una verdadera justicia sin misericordia, que la misericordia es condición de posibilidad para un mundo verdaderamente justo y que ni la misericordia ni el perdón ponen sordina a las exigencias de la justicia (cf. Yanguas, J. M., «Dives in misericordia: el amor misericordioso, fuente y perfección de la justicia», *Scripta Theologica*, 14/2 [1982] 601-614).

mo, junto a Juan XXIII, fue canonizado el Domingo de la Divina Misericordia (2° de Pascua) del año 2014. Una fecha, sin duda, providencial. Además, en su libro *Memoria e identidad* hay un capítulo entero dedicado a «El misterio de la misericordia»¹⁰⁹. Volvamos nuestra atención, ahora, a lo que nos dice en DM.

La visión del Padre es algo a lo que se accede gracias a Jesús, pues Él mismo reconoce que quien le ve a Él ve al Padre (Jn 14,9). Es Jesús quien revela que Dios Padre es rico en misericordia¹¹⁰. Ésta es la razón por la cual nos ha amado con un gran amor, de manera que estando nosotros muertos por nuestros delitos, ha querido darnos la vida por Cristo. Este mismo Cristo es quien nos revela la verdad más profunda del hombre mismo; un hombre que alcanza su plenitud gracias a que descubre en Cristo el rostro del Padre, que es misericordioso y el Dios de todo consuelo. Cristo es una vía para hallar al Padre y para hallar su amor. Es quien revela plenamente el hombre al mismo hombre, superando la aparente contraposición interna de teocentrismo y antropocentrismo¹¹¹. Cristo es el lugar en el que se encarna la misericordia de Dios; un Dios que lejos está de ser el dios apático y frío de las filosofías menos inteligentes. En Cristo, Dios aparece como misericordioso y como poseedor de filantropía. Dios es Padre de misericordia, cercano al hombre, sencillo, profundo y hondamente preocupado por dar solución a las grandes preocupaciones de nuestro tiempo. Cristo revela el mensaje de la misericordia divina a un hombre y a un mundo que tienen mucha necesidad de ella, aunque no lo sepan¹¹².

El nuevo mesianismo personificado en Cristo muestra a las claras que el Salvador enviado por Dios no es amigo ni de violencias ni de rebeliones políticas. Soluciona los problemas de otra manera, mediante el uso de una pedagogía sublime. Cristo es el Mesías volcado en ayudar misericordiosamente a los pobres, a los privados de libertad, a los ciegos... En él la misericordia se traduce en amor operante, en amor que contacta

109 Juan Pablo II, *Memoria e identidad*, Ed. La esfera de los libros, Madrid 2005.

110 Indica el papa que Cristo encarna y personifica la misericordia. Él mismo es, en cierto sentido, la misericordia (cf. DM 2).

111 Cf. DM 1.

112 Cf. DM 2.

íntimamente con lo profundo del sufrimiento. Cristo explicita que Dios es Padre, amor y misericordia; sus dichos y sus obras mesiánicas están cargadas de una búsqueda incesante del hombre. El *modus operandi* del Mesías se ve con nitidez en los textos lucanos, en los que poco a poco se va intuyendo que los misericordiosos son bienaventurados y obedientes a las palabras de Jesús¹¹³. El papa expresa su convicción de que en la misericordia se hospeda la esencia del *ethos* evangélico¹¹⁴.

La dignidad humana es tratada por el papa¹¹⁵, tras haber reflexionado sobre el concepto de misericordia en el AT y en la parábola del hijo pródigo. En este número se prueba que el Padre es fiel a su paternidad y a su amor, premisa que permite reencontrar al hijo su «dignidad perdida». Sí, la dignidad del hijo pródigo, de cualquier ser humano, está a salvo; aunque se hayan malgastado los bienes materiales, la humanidad está intacta y se ha reencontrado de nuevo. La misericordia preñada de amor se inclina hacia el hombre mísero para alzarlo y elevarlo; así la dignidad se reencuentra y el que es objeto de la misericordia no se siente humillado, sino hallado de nuevo y revalorizado. El hombre, indica San Juan Pablo II, es un bien en sí mismo, con una dignidad que le es propia. Esta dignidad no puede arrebatarla jamás ningún tipo de acción equivocada. El amor hace que el misericordioso se olvide de todo mal; es más, posee la virtualidad de revalidar, promover y extraer el bien de todas las formas de mal. El misericordioso no se deja vencer por el mal, sino que vence al mal a fuerza de bien.

Entre la pascua y la misericordia se establece un círculo dialógico, de manera que puede percibirse que la maduración completa de la segunda acontece en el marco nutricional de la primera. No hay misericordia que no se viva desde el proceso pascual, ni pascua verdadera que se viva al margen de la misericordia. El Hijo muestra su inmensa misericordia, aún cuando Él mismo no la recibe. Es arrestado, ultrajado, condenado, flagelado, coronado de espinas, elevado en la cruz y expirante entre terribles tormentos. Cuando merece la misericordia de los hombres a los que ha hecho bien no la recibe. No obstante, en la redención se revela la misericordia en su plenitud. Es la cruz

¹¹³ En verdad, el Señor invita a practicar la misericordia Lc 6,36; 10,37.

¹¹⁴ Cf. DM 3.

¹¹⁵ Lo hace en DM 6.

el lugar donde Dios actualiza su misericordia, donde aparece una sobreabundancia de justicia, donde los pecados del hombre son compensados por el sacrificio del Hijo y donde se efectúa un *admirabile commercium* que invita al hombre a donarse confiadamente a su Dios. Una donación que no acabará en un fracaso, ya que el mismo que resucitó a su Hijo de entre los muertos es absolutamente fiel a su eterno amor por el hombre.

De entre todos los lugares teológicos, el Papa polaco subraya la cruz, definiéndola como la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y hacia todo lo que el hombre llama su infeliz destino. La cruz, asegura, es como un toque de amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre. Gracias a ella, y más allá de ella, el amor vencerá en todos los elegidos las fuentes más profundas del mal. Situándose por encima de ella, en el escenario escatológico, la misericordia se revelará como amor; mientras tanto, en la temporalidad y en la historia, el amor ha de revelarse como misericordia. Si alguien conoce muy bien, a fondo y en primera persona, este mensaje, ésa es —sin duda— la Virgen María. Ella es la Madre de la Misericordia. Es la mujer fiel que, tras aceptar creyentemente el sacrificio de su propio corazón, canta una y otra vez que la misericordia de Dios llega «de generación en generación». Ella sigue actuando ahora misericordiosamente, pues su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna¹¹⁶.

Las inquietudes del mundo son tenidas en cuenta por San Juan Pablo II como signos determinantes que revelan la necesidad de la misericordia de Dios y de las relaciones misericordiosas entre los hombres. La tesis del papa, inspirada en GS 10, es que los desequilibrios que sufre el mundo están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Las inquietudes indican la presencia de tensiones y de amenazas peligrosas en el mundo actual. A ellas quedan adscritas realidades antropológicas tales como el temor existencial, las potencialidades destructivas de los arsenales atómicos, los medios de la técnica militar, la existencia de una civilización materialista, el dar más valor a las cosas que a las personas... El hombre y las sociedades, en la visión del pontífice, tienen miedo a perder la libertad interior, como consecuen-

116 Cf. DM 7 y 8.

cia de actuaciones nefastas de los poderes opresores. Pueden darse (y se dan de hecho) subyugaciones pacíficas de los individuos; también torturas y atropellos políticos. Las inquietudes del mundo emergen, además, cuando hay millones de personas que no tienen un pedazo de pan que llevarse a la boca, o que subsisten malamente en áreas de miseria, deficiencia, subdesarrollo¹¹⁷...

El papa apunta lúcidamente que, a pesar de que el sentido de la justicia ha madurado en el mundo contemporáneo, al mismo tiempo existen realmente fuerzas negativas que erosionan la eficacia de esta misma justicia. Ahí está la lista encabezada por el rencor, el odio, la crueldad, las ganas de aniquilar al enemigo, de limitar su libertad, de imponerle una dependencia total... Si la justicia no se entiende bien (si no se «ensancha» con otras magnitudes) entonces puede aniquilarse al prójimo, despojándolo de sus derechos más fundamentales. Una frase lucidísima del papa apostilla que la justicia, por sí sola, no es suficiente, ya que puede conducir incluso a la negación y al aniquilamiento de sí misma. Es imprescindible recurrir a las fuerzas del espíritu, que son más profundas que la misma justicia, y que condicionan su orden interno¹¹⁸.

La Iglesia vive y proclama la misericordia. Ésta es una convicción de Juan Pablo II que posee unos requisitos y que genera unas consecuencias en la vida del pueblo de Dios. El Papa desea que la Iglesia de nuestro tiempo adquiriera una conciencia más honda y concreta de la necesidad de dar testimonio de la misericordia de Dios. Con el fin de que esto no se quede en un planteamiento etéreo y alejado de la historia, el pontífice conecta la categoría de misericordia con la de misión eclesial. La Iglesia ha de permanecer siempre fiel a la misericordia; al mismo tiempo, ha de pedírsela a Dios, para que después irradie sus consecuencias salutíferas sobre los males físicos y morales, así como sobre las amenazas que acechan a la humanidad¹¹⁹.

Partiendo de estos presupuestos, la Iglesia ha de profesar y proclamar valientemente la misericordia divina «en toda su verdad», sin polarizaciones excluyentes; esta tarea es crucial, si

117 Cf. DM 10 y 11.

118 Cf. DM 12.

119 Cf. DM 12.

admitimos que la misericordia es «el más grande de los atributos y de las perfecciones de Dios», tal y como se indica en la Biblia, en la Tradición y en toda la vida de fe del Pueblo de Dios. Cerca de la misericordia de Dios los cristianos aprendemos a vivir en sencillez interior y en verdad. La Iglesia no sólo profesa la misericordia de Dios, sino que vive de ella, y la venera en el *locus* del corazón de Cristo. Gracias a este proceso la Iglesia se sabe depositaria y dispensadora de la misericordia divina; ella se cristaliza en ese amor inagotable, mediante el cual el Señor quiere unirse e identificarse cada vez más con nosotros. Se sirve de la Eucaristía y del sacramento de la penitencia; en ellos se explicita y se celebra que el amor es más fuerte que el pecado. El amor, incluso, es el mejor rasgo definitorio de Dios, que —por lo demás— no puede revelarse sino como amor.

El Padre actúa con «prontitud» a la hora de recibir a todos los que se han alejado del amor, y en esta misión colabora como ayudante suya la Iglesia. En el intento de que la ola de amor misericordioso envuelva a todos los hombres y a todo el hombre, la misión eclesial no deja de profesar y de proclamar la conversión. La conversión no es un acto originado primeramente en el hombre, sino una respuesta dada por éste al Dios cuyo amor es paciente, benigno, fiel y preñado del deseo de que el hombre viva perennemente *in statu conversionis*¹²⁰.

Las premisas anteriores dan testimonio del talante propio con el que la Iglesia ha de practicar la misericordia. Ha de hacer conscientes a sus hijos de que, tras haber recibido y experimentado la misericordia de Dios, están llamados ellos también a usar y a practicar dicha misericordia. El proceso genuinamente evangélico desplegado por la misericordia va diseñando un estilo de vida en el que el amor de Dios se va haciendo «fuerza unificante y a la vez elevante», irradiando toda su virtualidad creadora. Un dato captado lúcidamente por San Juan Pablo II nos pide que al comunicar cristianamente el amor misericordioso lo hagamos como un ejercicio bilateral; esto significa que, al practicar nosotros la misericordia, al mismo tiempo la experimentamos por parte de quienes la aceptan de nosotros. Aquí se da la reciprocidad querida por Dios, mediante una comunicación bidireccional en la que el amor se da y se recibe. Así se superan las distancias entre el que usa la misericordia y el que

120 Cf. DM 13.

es gratificado, entre el que hace el bien y el que lo recibe. En la visión del papa, el receptor de misericordia aparece, también, como dador de la misma. Esto posiciona a los relacionados por la misericordia en una situación de igualdad. Así el que da se hace más generoso cuando se siente gratificado por el que recibe su don; de este modo acontece verdaderamente la experiencia de la fraternidad cristiana.

El ideal es que dicho proceso esté acompañado por una sana expresión de ternura, sensibilidad, y perdón. Es deseable que la civilización del amor originada por la misericordia supere la lógica del «ojo por ojo, diente por diente», definitoria de una justicia fría, egoísta, opresora e irrespetuosa. Es mejor optar por perdonar siempre, como enseña Cristo, aprendiendo la lección del perdonarnos, del soportarnos y del buscar una solidaridad fraterna. La Iglesia, en el proceso de la expresión de la misericordia, pide salvaguardar siempre la dignidad humana. Ésta es un valor irrenunciable y no negociable, cuya presencia garantiza la buena comprensión de la misericordia querida por Dios para los hombres¹²¹.

Al tiempo que la Iglesia practica la misericordia, es consciente de que la oración es el grito eficaz que se acerca a la misericordia de Dios; un grito que intercede ante las múltiples formas de mal que atenazan frecuentemente a la humanidad. La Iglesia no debe permitir que se secularice el verdadero significado de la misericordia; para ello ha de vivir y proclamar el amor de Cristo, muerto y resucitado, capaz de elevar y liberar al hombre. La Iglesia conseguirá su objetivo si pone a los hombres en contacto directo con el Dios de la misericordia. Él es incapaz de despreciar nada de lo que ha creado¹²². El amor de Dios es paterno y materno al mismo tiempo. Es capaz de salvar, por su misericordia, la dignidad del hombre, la dignidad

121 Cf. DM 14.

122 La Iglesia proclama que la misericordia de Dios durará por siempre para los hijos de Dios. Este mensaje se hace significativo cuando la Iglesia conoce la inquietud de tantos hombres contemporáneos, sumidos en un ambiente de ocaso de la moral cristiana. Aquí la Iglesia testimonia que la misericordia divina que ya actuó en el AT sigue derramándose hoy mediante Cristo y los apóstoles. Ella es el más grande de los atributos de Dios. Es infinita. Es la atmósfera en la que la Iglesia ha de trabajar por el ecumenismo, por la transformación de los corazones y por el acompañamiento de esposos, padres, hijos y amigos (cf. Pastor García, R., «La misericordia divina en Juan Pablo II», *Revista Toletana*, 9 (2003) 56-57).

de cada hombre y la dignidad de todo lo humano. Y esto debe proclamarlo valientemente la Iglesia; para ello evitará el repliegue sobre sí misma, e irá más allá de las resistencias del mundo a su mensaje, más allá de la heterogeneidad de la civilización contemporánea y más allá las negaciones de Dios en el mundo¹²³.

5. LA MISERICORDIA EN EL PAPA FRANCISCO¹²⁴

El Papa Francisco, desde sus primeros momentos como Pastor de la Iglesia Universal, ha subrayado incesantemente la centralidad de la misericordia de Dios. Los cristianos han de recibirla para después compartirla con los hombres y las mujeres del mundo. Detengámonos ahora en algunos de los puntos en torno a los cuales vertebra su mensaje.

— **Dios – Santísima Trinidad.** Francisco reconoce que Dios es misericordioso y es la fuente misma de la misericordia. Misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia es, también, el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro (cf. bula *Misericordiae vultus* [=MV], n° 2). La misericordia de Dios siempre será más grande que cualquier pecado, y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona¹²⁵. Recuerda el Papa Francisco a Santo Tomás de Aquino cuando afirma que «es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia». Afirma el pontífice que Dios será siempre para la humanidad como Aquel que está presente, cercano, providente, santo y misericordioso. Su ser misericordioso se constata, concretamente, en tantas acciones de la historia de la salvación donde su bondad prevalece por encima del castigo y la destrucción¹²⁶. La misericordia hace de la historia de Dios con su pueblo una historia de salvación. Dios salva al hombre; cuan-

123 Cf. DM 15.

124 Se encuentran muchas de sus referencias a la misericordia en los diccionarios de Martínez Puche, J. A., *Diccionarios primero y segundo del Papa Francisco*, Ed. Edibesa, Madrid 2014-2015. También en la obra del mismo autor titulada *La misericordia. 100 textos del Papa Francisco y la bula del Jubileo*, Ed. Edibesa, Madrid 2015. En este caso recomendamos leer las págs. 41-159. Son muy útiles los títulos Papa Francisco – Vigni, G. (Ed), *La Iglesia de la misericordia*, Ed. San Pablo, Madrid 2014; Ruzsala, M. J., *Papa Francisco. Pastor de la misericordia*, Ed. Wyatt North Publishing, LLC 2014.

125 Cf. MV 3.

126 Cf. MV 6.

do éste repite continuamente «eterna es su misericordia», como hace el autor del salmo 136, es como si quisiera decir que no solo en la historia, sino por toda la eternidad, el hombre estará siempre bajo la mirada misericordiosa del Padre¹²⁷.

La misericordia de Dios es su responsabilidad con nosotros. Él se siente responsable, es decir, desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría y serenos¹²⁸. Anotemos, también, que mediante la misericordia los cristianos podemos relacionarnos dialógicamente con el judaísmo y con el islam. Ellos consideran la misericordia como uno de los atributos más característicos de Dios¹²⁹. Nuestro Dios es el Dios que siempre quiere la misericordia y nunca la condena hacia los demás. Desea la misericordia del corazón, porque Él es misericordioso y sabe comprender bien nuestras miserias, nuestras dificultades y también nuestros pecados. Quiere que le imitemos, y por eso a todos nos da —si le dejamos— un corazón misericordioso. Hemos de parecernos al samaritano, porque el samaritano hace precisamente esto: imitar la misericordia de Dios, la misericordia hacia quien está necesitado¹³⁰. Dios piensa siempre con misericordia¹³¹, y nos enseña a nosotros a pensar de la misma manera.

— **Jesús.** El mensaje más fuerte de Jesús es la misericordia¹³², y en su corazón hallamos el símbolo y la fuente de la misericordia de Dios¹³³. Lo esencial del Evangelio es la misericordia¹³⁴. Si queremos encontrar la misericordia de Dios, hemos de hacerlo por medio de Jesucristo. Sí: Jesucristo es el rostro (*vultus*) de la misericordia del Padre; ésta es la idea central que vertebraba la Bula del Papa titulada *Misericordiae vultus*¹³⁵. En

127 Cf. MV 7.

128 MV 9.

129 Cf. MV 23.

130 Francisco, *Ángelus* (14 de julio de 2013), disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2013/documents/papa-francesco_angelus_20130714.html [Consulta: 02.06.2015].

131 Disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2013/documents/papa-francesco_20130327_udienza-generale.html [Consulta: 02.06.2015].

132 Francisco, *Homilía* (17 de marzo de 2013). Ampliar en www.vatican.va.

133 Francisco, *Ángelus* (9 de junio de 2013). Ampliar en www.vatican.va.

134 Francisco, *Audiencia general* (10 de septiembre de 2014). Ampliar en www.vatican.va.

135 Disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/papa-francesco_bolla_20150411_misericordiae-vultus.html [Consulta: 02.06.2015].

Jesús, Dios nos ha revelado de manera definitiva su amor. Quien lo ve a Él ve al Padre (cf. Jn 14,9). Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona entera revela la misericordia de Dios¹³⁶. Con la mirada fija en Jesús —y en su rostro misericordioso— podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad. En Jesús todo habla de misericordia, y nada en Él es falto de compasión. Jesús siente la compasión desde lo más profundo y hondo de su corazón. Esto le lleva a curar a los enfermos que le presentan, a calmar —con panes y con peces— el hambre de grandes muchedumbres, a leer el corazón de sus interlocutores, a responder a sus necesidades reales, a resucitar de la muerte al único hijo de la viuda de Naim, a liberar al endemoniado de Gerasa... La mirada de Jesús está cargada de misericordia¹³⁷. Jesús afirma que la misericordia no sólo afecta al obrar del Padre, sino que se convierte en el criterio decisivo para saber quiénes son realmente sus hijos.

Estamos llamados a vivir según la categoría cristológica de la misericordia, valorando que a nosotros, en primer lugar, se nos ha aplicado esta misericordia¹³⁸. Jesús sigue entregándonos generosamente su misericordia: en la Eucaristía vuelca toda la que posee¹³⁹. Él nos ha amado hasta dar su vida por nosotros en la cruz; es en ella donde hallamos la respuesta misericordiosa de Dios al mal¹⁴⁰. Para acoger la misericordia que Jesús nos entrega hemos de atravesar la puerta estrecha¹⁴¹. Dicha puerta, en ocasiones, nos pide aceptar las correcciones que nos hace el Maestro, reconociendo que el suyo es un látigo misericordioso¹⁴².

— **Iglesia.** Desde sus primeras horas al frente de la barca de Pedro, el Papa Francisco ha querido que la Iglesia sea la Iglesia de la misericordia. Para ello la Iglesia ha de aprender a escuchar el clamor de los pobres, convirtiéndose en una casa de comunión, en una casa que sabe acoger a todos, en una casa en la que se disfruta del don de la armonía y en una casa en-

136 Cf. MV 1.

137 Cf. MV 8.

138 Cf. MV 9.

139 Francisco, *Audiencia general (5 de febrero de 2014)*. Ampliar en www.vatican.va.

140 Francisco, *Palabras al final del Vía Crucis (29 de marzo de 2013)*. Ampliar en www.vatican.va.

141 Francisco, *Ángelus (25 de agosto de 2013)*. Ampliar en www.vatican.va.

142 Francisco, *Ángelus (8 de marzo de 2015)*. Ampliar en www.vatican.va.

tusiasmada por llevar el evangelio a todo el mundo. Esta Iglesia ha de ser capaz de escuchar al Espíritu, para dejarse guiar por Él, al tiempo que va hallando una dinámica vital alentada por la novedad, la armonía y el entusiasmo misionero. La Iglesia misericordiosa que sueña Francisco es la Iglesia valiente capaz de taladrar la lógica del poder y de la violencia; es la Iglesia que pisotea el culto al dios dinero, la Iglesia que pulveriza la lepra del carrerismo y la Iglesia que se despoja de todo espíritu mundano y antievangélico. La credibilidad de la Iglesia, asegura el Papa, pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia tiene que experimentar un deseo inagotable de brindar misericordia¹⁴³. Citando al San Juan Pablo II, Francisco señala que «la mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia, y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia»¹⁴⁴. A esta mentalidad ha de responder la Iglesia.

En nuestro tiempo, en el que la Iglesia está comprometida en la nueva evangelización, el tema de la misericordia exige ser propuesto –una vez más– con un nuevo entusiasmo y con una renovada acción pastoral (...). El lenguaje y los gestos eclesiales deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre. Sí: donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre¹⁴⁵. Nuestro tiempo es el tiempo de la misericordia. En este tiempo la Iglesia, que es Madre, debe ir a curar a los heridos con misericordia. Si el Señor no se cansa de perdonar, nosotros no tenemos otra elección que ésta: lo primero, curar a los heridos. La Iglesia es «mamá», y debe seguir por el camino de la misericordia. Ha de tratar con misericordia a todos¹⁴⁶. La Iglesia debe actuar desde la lógica de la misericordia, reconociendo que ella es espacio de la misericordia de Dios¹⁴⁷. A ella se empieza a pertenecer por el sacramento del bautismo, que es la puerta de la misericordia¹⁴⁸.

143 MV 10.

144 MV 11.

145 Cf. MV 12.

146 Francisco, *Viaje apostólico a Río de Janeiro. Conferencia de prensa durante el vuelo de regreso a Roma (28 de julio de 2013)*. Ampliar en www.vatican.va.

147 Francisco, *Audiencia general (12 de junio de 2013)*. Ampliar en www.vatican.va.

148 Francisco, *Audiencia general (13 de noviembre de 2013)*. Ampliar en www.vatican.va.

Una figura (ministerio) eclesial original que el Papa Francisco ha anunciado para el Año de la Misericordia es la de los «misioneros de la misericordia»¹⁴⁹. Estos misioneros son signos de la solicitud materna de la Iglesia por el Pueblo de Dios; son sacerdotes a los que Francisco da la autoridad de perdonar los pecados que están reservados a la Sede Apostólica¹⁵⁰; son signos vivos de cómo el Padre acoge a cuantos están buscando su perdón; son artífices, ante todo, de un encuentro cargado de humanidad, fuente de liberación, rico en responsabilidad, para superar obstáculos y retomar la vida nueva del Bautismo; son predicadores convincentes de la misericordia; y son, además, anunciadores de la alegría del perdón. Gracias a ellos la misericordia de Dios llegará más y mejor a todos los hombres.

Y, en la Iglesia, la mujer misericordiosa por antonomasia es María. Ésta es la razón por la cual la Iglesia, empapada de la misericordia de Dios, es al mismo tiempo la Iglesia que tiene los ojos fijos en María, en su ejemplo, en su fe y en su valiosísima intercesión maternal¹⁵¹. María es refugio de los pecadores¹⁵², en quien los hombres frágiles encuentran el amparo. María nos lleva a la misericordia del Padre, para que Él desate los nudos de nuestra alma¹⁵³. María, con ternura y misericordia, ha estado siempre con su pueblo¹⁵⁴; es la madre que está en medio de los creyentes. María está animada por la miseri-

149 Alude a ellos en MV 18.

150 El sacerdote es ministro, siervo y administrador prudente de la misericordia divina. Es médico y consejero espiritual. Está llamado a ser reguero de luz y estela en medio del mar para orientar a los hombres hacia la felicidad prometida. Para ello ha de cuidar su corazón, identificándose con el corazón de Cristo, siguiendo el estilo de vida de Jesús. Y es preciso que sea un buen confesando para ser un buen confesor (cf. Santiago y González, M., «El sacerdote siervo y a la vez administrador prudente de la divina Misericordia», *Telmus. Anuario del Instituto Teológico San José*, 5 [2012] 41-61).

151 Cf. Papa Francisco – Vigni, G. (Ed.), *La Iglesia de la misericordia*, Ed. San Pablo, Madrid 2014, p. 33-55; 57-66; 131-139; 153-166. Pueden consultarse textos del Papa en los que habla de María y de la misericordia en Martínez Puche, J. A., *La misericordia. 100 textos del Papa Francisco y la bula del Jubileo*, Ed. Edibesa, Madrid 2015. Lo hace en los textos nn. 56-61.

152 Francisco, *Discurso a la Curia romana en Navidad, 22.12.2014*. Texto accesible en www.vatican.va.

153 Francisco, *Palabras en la Oración mariana del Año de la fe (12 de octubre de 2013)*. Texto accesible en www.vatican.va.

154 Francisco, *Mensaje al Presidente de los obispos de Cuba (8 de septiembre de 2014)*. Texto accesible en www.vatican.va.

cordia divina¹⁵⁵, y deja que su corazón pueda latir siguiendo el ritmo de esta misericordia. Con María podemos tener los sentimientos de Jesús: misericordia y cercanía¹⁵⁶. Nos ayuda a no caer en la tentación de portar un corazón endurecido. María es la Madre de misericordia¹⁵⁷, la que nos enseña esta lección a nosotros, que somos sus hijos. Ella intercede por los sacerdotes, para que actuemos con la compasión del buen pastor¹⁵⁸. Ella aboga también por los consagrados, para que nos convirtamos —ciertamente— en «expertos» de la misericordia divina¹⁵⁹.

— **El cristiano.** El cristiano, para Francisco, es un receptor y un transmisor de la misericordia de Dios. En orden a obtener la misericordia, Francisco invita a hacer experiencia de silencio, a recuperar su valor para meditar la Palabra que Dios nos dirige. Así nos será posible «contemplar la misericordia de Dios y asumirla como propio estilo de vida»¹⁶⁰. Alcanzar la misericordia supone recuperar nuestra conciencia de peregrinos. Sí, el Papa valora la realidad de la peregrinación. Afirma que llegar peregrinando hasta la Puerta Santa en Roma es un signo del hecho de que también la misericordia es una meta por alcanzar, que requiere compromiso y sacrificio¹⁶¹. La peregrinación aparece como estímulo para la conversión; mediante ella nos dejamos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometemos a ser misericordiosos con los demás, como el Padre lo es con nosotros. El talante con que hemos de vivir esto nos lleva a no juzgar, a no condenar y a dar. Así no nos quedamos en la superficie. Así no exponemos al prójimo al descrédito. Así no comprometemos su reputación y no lo dejamos a merced del chisme.

El verbo «dar», por su parte, nos lleva a ser instrumentos del perdón, a dar el perdón que previamente nosotros hemos recibido de Dios¹⁶². La misericordia nos lleva a abrir el corazón a

155 Francisco, *Vía crucis con los jóvenes en Río de Janeiro* (26 de julio de 2013). Texto accesible en www.vatican.va.

156 Francisco, *Palabras en la Oración mariana del Año de la fe* (12 de octubre de 2013). Texto accesible en www.vatican.va.

157 Francisco, *Homilía a la profesión de fe con los obispos de Italia* (23 de mayo de 2013). Texto accesible en www.vatican.va.

158 Francisco, *Homilía en la Misa crismal* (17 de abril de 2014). Texto accesible en www.vatican.va.

159 Francisco, *Discurso en Corea* (16 de agosto de 2014). Texto accesible en www.vatican.va.

160 Cf. MV 13.

161 Cf. MV 14.

162 Cf. MV 14.

cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales. Los cristianos no hemos de caer en la indiferencia que humilla, ni en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, ni en el cinismo que destruye. Se nos pide abrir nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad. Sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio¹⁶³. Estamos llamados por Francisco a anunciar la liberación a cuantos están prisioneros de las nuevas esclavitudes de la sociedad moderna, y a restituir la vista a quien no puede ver más porque se ha replegado sobre sí mismo. Y dice el Papa que, cuando practicamos misericordia, que lo hagamos con alegría (Rom 12,8)¹⁶⁴.

Los cristianos hemos de saber que la verdadera paz, la paz profunda, viene de tener experiencia de la misericordia de Dios (...). En todo tiempo y en todo lugar son bienaventurados aquellos que, a través de la Palabra de Dios, proclamada en la Iglesia y testimoniada por los cristianos, creen que Jesucristo es el amor de Dios encarnado, la Misericordia encarnada¹⁶⁵. Los cristianos somos los llamados a practicar las obras de misericordia¹⁶⁶. Somos los testigos y los mensajeros de la inagotable misericordia de Dios¹⁶⁷. Somos los que tenemos y los que contagiamos la misericordia de Jesús¹⁶⁸. Somos los que «nos hemos atrevido» a entrar en la dinámica de la misericordia¹⁶⁹. Esta dinámica exige el despojamiento de lo que estorba o impide el testimonio de la misericordia¹⁷⁰.

La misericordia que hemos de vivir y testimoniar los cristianos es una virtud que alimenta la paz¹⁷¹. Quien la practica

163 Cf. MV 15.

164 Cf. MV 16.

165 Francisco, *Regina coeli* (7 de abril de 2013). Texto accesible en www.vatican.va.

166 Así lo indicó en septiembre del 2014. Ver Francisco, *Audiencia general* (10 de septiembre de 2014). Disponible en www.vatican.va.

167 Francisco, *Discurso al Camino Neocatecumental* (1 de febrero de 2014). Disponible en www.vatican.va.

168 Francisco, *Ángelus* (16 de noviembre de 2014). Disponible en www.vatican.va.

169 Francisco, *Homilía en Santa Marta* (7 de julio de 2014). Disponible en www.vatican.va.

170 Francisco, *Discurso a los pobres en Asís* (4 de octubre de 2013). Disponible en www.vatican.va.

171 Francisco, *Ángelus* (8 de septiembre de 2013). Disponible en www.vatican.va.

no teme la muerte¹⁷². ¿Qué hacer para recibirla? Francisco nos pide abrirnos a la actuación del Espíritu, ya que el Espíritu Santo puede ungir nuestro ser con el óleo de la misericordia¹⁷³. La misericordia de Dios puede y quiere envolvernos. Esta experiencia ya la vivió Tomás; Tomás se dejó envolver por la misericordia divina, la vio ante sí, en las heridas de las manos y de los pies, en el costado abierto, y recobró la confianza. Se hizo un hombre nuevo, y ya no fue incrédulo sino creyente¹⁷⁴. Es verdad que la misericordia es un don inmenso venido del mismísimo Dios; por este don hemos de darle gracias¹⁷⁵. Su eficacia es tan poderosa que tiene la virtualidad de dar un giro de ciento ochenta grados a la vida de una persona. Para hablar de estas cosas, el Papa alude a la conversión de los corruptos, gracias a la misericordia. La misericordia les capacita para mirar el futuro con esperanza, superando la prepotencia y la avidez que genera la corrupción. La misericordia, en este sentido, aparece aliada con la prudencia, la vigilancia, la lealtad, la transparencia y la denuncia¹⁷⁶.

— ***Dos virtudes asociadas.*** Son dos las virtudes que el Papa vincula especialmente a la misericordia en su discurso: el perdón y la justicia. Sobre el perdón, dice Francisco: «¡Qué difícil es muchas veces perdonar! Y, sin embargo, el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón. Apartar de nosotros el rencor, la rabia, la violencia y la venganza es la condición necesaria para vivir felices»¹⁷⁷. Una experiencia restauradora del interior del hombre es el acercamiento al sacramento de la Reconciliación; significa volver al Señor y permite «experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia». Es para penitente una fuente de verdadera paz interior. Los confesores, intermediarios en el proceso de la reconciliación, han de ser verdaderos signos de la misericordia del Padre; han de abrazar al hijo pródigo arrepentido y también han de salir al encuentro del otro hijo que

172 Francisco, *Audiencia general* (27 de noviembre de 2013). Disponible en www.vatican.va.

173 Francisco, *Homilía en Amán* (24 de mayo de 2014). Disponible en www.vatican.va.

174 Francisco, *Homilía en el II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia* (7 de abril de 2013). Disponible en www.vatican.va.

175 Francisco, *Discurso a los miembros de la Fundación papal* (11 de abril de 2013). Disponible en www.vatican.va.

176 Cf. MV 19.

177 MV 9.

se ha quedado fuera y que es incapaz de alegrarse, realizando un juicio severo e injusto frente a su hermano¹⁷⁸. En su primer ángelus (17 de marzo 2013) el Papa Francisco afirmaba: «Dios nunca se cansa de perdonar. Nunca»¹⁷⁹. Partiendo de esta convicción, todos reconocemos que hemos de superar los miedos y las vergüenzas que nos impiden recibir la eterna misericordia de nuestro Padre.

Francisco también habla de la justicia. Asegura que la misericordia y la justicia no son dos momentos contrastados entre sí, sino un solo momento que se desarrolla progresivamente hasta alcanzar su culmen en la plenitud del amor. El Papa aboga por una misericordia que integre la justicia, el perdón y la salvación¹⁸⁰. La misericordia quiere la justicia, pero va más allá de ella. Asegura Francisco que «si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios» (...). La justicia, por sí misma, no basta¹⁸¹. Dicho de otro modo: la justicia es necesaria para un ordenamiento justo de la vida, aunque el corazón Dios —que es magnánimo y misericordioso— nos exhorta a atravesar sus fronteras para hallar incesantemente el amor que viene de lo alto.

6. EL RECUERDO DE LA MISERICORDIA DE DIOS RENUEVA EL MUNDO

El Dios trinitario en el que creemos continúa renovando admirablemente nuestro mundo y nuestra Iglesia. Así logra revitalizarlo, restaurarlo e impulsarlo a vivir animado por el soplo del Espíritu. Los tiempos que corren son propicios para traer a la memoria una serie de datos de nuestra fe; alentados por ellos estamos llamados a caminar por el mundo compartiendo la misericordia que Dios no deja de poner en nuestras manos. ¿Qué hacer para conseguirlo?

— ***Recordar el origen de la misericordia.*** Hemos de recuperar la conciencia de que el origen de la misericordia se halla en nuestro Padre Dios. Su misericordia no es una realidad ofrecida sólo intermitentemente en el tiempo. La misericordia divina es una realidad sobrenatural cuya esencia y cuya manifestación está definida por la permanencia. La misericordia de Dios

178 Cf. MV 17.

179 Disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2013/documents/papa-francesco_angelus_20130317.html [Consulta: 14.05.2015].

180 Cf. MV 20.

181 Cf. MV 21.

permanece siempre y se prolonga en el tiempo¹⁸². Dios es aquel que gobierna el universo con misericordia (Sab 15,1), por lo que hemos de tener confianza en que la Providencia tiene en sus manos el desenvolvimiento, la maduración y el progreso del mundo. La misericordia de Dios no se agota, pues Él es «rico en misericordia» (Ef 2,4). Ireneo de Lión indica que hacer misericordia es algo «propio y peculiar» de Dios¹⁸³. Todos estamos llamados a recibir esta misericordia cuyo origen está en las mismísimas entrañas de nuestro Padre; no hay límites a su misericordia, pero quien se niega deliberadamente a acogerla —mediante el arrepentimiento— rechaza el perdón de sus pecados y la salvación ofrecida por el Espíritu Santo¹⁸⁴. Un obstáculo para recibir la misericordia de Dios es la desesperación; por la desesperación el hombre deja de esperar de Dios su salvación personal (...). Se opone a la bondad de Dios, a su justicia —porque el Señor es fiel a sus promesas— y a su misericordia¹⁸⁵. Entonces ya no ve la vida con un tono optimista y positivo.

Dios limpia nuestra mirada cuando el mal la ha dañado. El modo de ser de Dios, su manera de ver la vida y también de mirar a las personas es lo que mueve y lo que dirige toda su actuación. Dios siente hacia sus criaturas lo que una madre siente hacia el hijo que lleva en el vientre. Dios nos lleva en sus entrañas¹⁸⁶. Él es muy, muy grande. Es mayor que nuestras expectativas y es mayor que nuestro corazón (1 Jn 3,20). Es el Dios de la misericordia (2 Cor 1,3), el que nos salva de la muerte en virtud de esta misericordia suya (Ef 4,24). El Dios misericordioso, el origen de la misericordia, nos ha destinado a la comunión con Él y a la comunión con su Hijo Jesucristo (1 Jn 1,3). Nuestro Padre es misericordia y es el Dios de todo consuelo (2 Cor 1,3). Lo que necesitamos es creer en Él, confiar en Él, para apropiarnos de todos los beneficios que provienen de su gran bondad. A Él le gusta ser misericordioso; el propio Santo Tomás de Aquino asegura que «es propio de Dios usar misericordia y especialmente

182 Cf. Zimmerli, W., Voz «cháris» en *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* (9), Verlag W. Kohlhammer, Stuttgart 1933-1979, col. 366-377.

183 Lión, I. de, *Demostración de la predicación apostólica* (60), Ed. Ciudad Nueva, Madrid 2001², p. 176. Se trata de aquel Dios que puede salvar en virtud de su misericordia.

184 Catecismo 1864.

185 Catecismo 2091.

186 Cf. Pagola, J. A., *Jesús. Aproximación histórica*, Ed. PPC, Madrid 2007.

en esto se manifiesta su omnipotencia»¹⁸⁷. Indica que la misericordia es el principal atributo divino. Advierte que «hay que atribuirle a Dios en grado sumo». Subraya también que «en cuanto a las perfecciones dadas a las cosas por Dios y que destierran algún defecto, esto pertenece a la misericordia»¹⁸⁸.

— **Recordar los dones recibidos por el Mediador.** La misericordia de Dios Padre nos llega por medio de su Hijo Jesucristo¹⁸⁹. Él es el Mediador entre Dios y los hombres (1 Tim 2,4). Jesús manifiesta la misericordia del Padre¹⁹⁰. Jesús recuerda también las palabras del profeta Oseas: «misericordia quiero, que no sacrificio» (Mt 9,13; 12,7)¹⁹¹. Él nos ha amado hasta el extremo, dando misericordiosamente su vida por nosotros. Sus cicatrices nos han sanado (Is 53,5). Los cristianos hemos de encontrar la fuente de inspiración de la misericordia en Jesucristo, el Mediador, que vive en comunión con el Padre de las misericordias, el manantial del que brota la misma gracia. Los cristianos reconocemos esta misericordia entrañable que se encarna en Jesús, y nos convertimos en seguidores de esa misma actuación. Tal vez éste sea el elemento distintivo de la compasión cristiana; no el gesto mismo, sino el encontrar en Dios y en su Hijo el principio inspirador¹⁹², y en el Espíritu Santo la misma fuerza de Dios que impulsa a seguir actualizando esa misericordia infinita¹⁹³.

187 Aquino, T. de, *Summa Theologiae*, II-II, q. 30, a. 4. Disponible en <http://hijg.com.ar/sumat> [Consulta: 04.09.2015].

188 Aquino, T. de, *Summa Theologiae*, I, q. 21, a. 3. Disponible en <http://hijg.com.ar/sumat> [Consulta: 04.09.2015].

189 Paul M. Blowers pide tener en cuenta el alcance de la condescendencia divina, la reconstrucción cristocéntrica, el descubrimiento de la misericordia como emoción teológicamente virtuosa y la recognición de que la compasión de Dios, en Cristo, está disponible eternamente y encarnacionalmente. La virtud de la compasión fue antiguamente (y es hoy) muy oportuna en un mundo en el que reinaban la envidia socioeconómica y la competitividad (cf. Blowers, P. M., «Pity, empathy, and the tragic spectacle of human suffering: exploring the emotional culture of compassion in late ancient Christianity», *Journal of Early Christian Studies*, 18 [2010] 1-27).

190 Catecismo 545, 589, 1439 y 1846.

191 Catecismo 2100.

192 Indica J. Marcus Borg que para ser fieles al mensaje de Jesús de Nazaret en nuestra cultura, tendríamos que hablar de una política de compasión no solo dentro de la Iglesia, sino como un paradigma dentro del orden político (cf. Borg, J. M., *Meeting Jesus Again for the First Time: The Historical Jesus and the Heart of the Contemporary Faith*, Ed. Harper San Francisco, New York 1994, p. 60-61).

193 Cf. Antolín Sánchez, J., «IV. La originalidad de la compasión cristiana», *Estudio Agustiniiano*, 47 (2012) 525 y 526.

El rasgo sobresaliente en la actuación compasiva de Jesús es la gratuidad. Su conmoción misericordiosa brota gratuitamente ante sujetos indefensos, desvalidos, pecadores, etc., que no pueden ofrecer nada suficientemente valioso a cambio del bien que piden¹⁹⁴. Esto tiene mucho que enseñarnos a nosotros a la hora de actuar misericordiosamente como el Hijo. La misericordia de Jesús supera los moldes y las comprensiones previas a Él. Lo nuevo del mensaje de Jesús, incluso respecto del A. T., es que él anuncia la misericordia divina de forma definitiva y para todos. Jesús abre el acceso a Dios no solo a unos cuantos justos; en el reino de Dios hay sitio para todos, nadie es excluido.

Dios ha aplacado definitivamente su ira, concediendo más espacio a su amor y a su misericordia¹⁹⁵. Podemos decir que la misericordia vivida y pedida por el Hijo es, además, una misericordia concreta y mensurable. Jesús no pide el amor a los que están lejos de uno (*Fernstenliebe*) sino a los que están cerca de uno (*Nächstenliebe*). Este dar misericordia, entregar misericordia, ofrecer misericordia, gastarnos misericordiosamente... nos va cambiando y restaurando por dentro. En la medida en que nos conformamos con el Cristo que se entrega, nosotros somos transformados¹⁹⁶. Hemos de volver a acercarnos una y otra vez al Señor Jesús, que es misericordioso. Como Hijo de Dios encarnado, el Cristo Mediador es el «trono de la misericordia»¹⁹⁷.

La Comunidad ecuménica e internacional de Taizé, desde sus albores y hasta el día de hoy, proclama incesantemente este mensaje del Jesús misericordioso, que nos pide ser misericordiosos. Así nos capacita para ser santos y más parecidos a Dios. Esta comunidad ecuménica dice lo siguiente en una meditación titulada *La misericordia*: «la palabra de Jesús: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36) hace eco al antiguo mandamiento: «Sed santos como yo, el Señor vuestro Dios, soy santo» (Lev 19,2). Jesús ha dado el rostro de la

194 Antolín Sánchez, J., «IV. La originalidad de la compasión cristiana», *Estudio Agustiniano*, 47 (2012) 526.

195 Kasper, W., *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Ed. Sal Terrae, Santander 2012, p. 71.

196 Claraval, B. de, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* (Cant. 62,5), Ed. Alpuerto, Madrid 2000.

197 Scheeben, M., *Handbuch der katholischen Dogmatik* (Vol 2), Ed. Herder, Freiburg 1874-1877, p. 266.

misericordia a la santidad. La misericordia es el más puro reflejo de Dios en nuestra vida humana. «Te asemejas a Dios por la misericordia hacia el próximo» (Basilio el Grande). La misericordia es la humanidad de Dios. Es también el porvenir divino del hombre»¹⁹⁸.

A. Sisti comprueba que Cristo, el Mediador, es realmente la imagen viviente del Padre, «rico en misericordia» (Ef 2,4). Lo es antes con su vida que con sus palabras. Con su vida porque así se ve desde que inaugura su ministerio público (Is 61,1-2); se ve cuando tiene que dar una respuesta al Bautista sobre si Él es o no el Mesías (Lc 7,22); se ve cuando despliega amor y misericordia ante las diversas miserias humanas (He 10,38); se ve apareciendo como médico de cuerpos y de almas (Mc 2,17; Lc 5,21); se ve cuando se muestra como amigo (Lc 7,34); se ve cuando se sienta con muchos a la mesa (Lc 5,27-32; 7,36-50; 15,1-2; 19,1-10). Se ve con sus palabras, porque tiene condescendencia con los publicanos y los pecadores (Lc 15,1-2); se ve porque la pide mediante las narraciones de la oveja extraviada, la dracma perdida y el hijo pródigo; porque cuando cura al endemoniado quiere que lo celebre y lo cuente a los suyos (Mc 5,19). Todo ello lleva al NT a pedirnos ser misericordiosos¹⁹⁹.

Anotemos, además, la importancia que tiene la figura de Cristo crucificado a la hora de revelarnos la misericordia de Dios; tanto que, hasta el mismo San Buenaventura apunta que a Dios solo es posible conocerlo adecuadamente a la luz del Crucificado²⁰⁰.

— ***Recordar el valor del hogar eclesial.*** La Iglesia es la casa en la que los cristianos aprendemos a ser misericordiosos. Es la que puede y debe suscitar las obras de misericordia (GS 42). La Iglesia distribuye la misericordia de Dios entre los hombres²⁰¹. Se siente necesitada de misericordia de Dios, y por esta razón la implora tanto en la liturgia eucarística, como en las plegarias diarias de los fieles²⁰². Esto lo sabían muy bien Agus-

198 Disponible en la web: http://www.taize.fr/es_article6830.html [Consulta: 19.05.2005].

199 Disponible en la web: <http://www.mercaba.org/DicTB/M/misericordia.htm> [Consulta: 19.05.2015].

200 San Buenaventura, *Itinerarium mentis in Deum*, Prólogo 3.

201 Catecismo 2040.

202 Catecismo 1037.

tín, Faustina, Juan Pablo II y Francisco, testigos de la misericordia que nos han acompañado en este artículo.

La Iglesia es la casa en la que hallamos el perdón misericordioso de Dios²⁰³. Quienes se acercan en la comunidad eclesial al sacramento de la penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón (LG 11). Ya que todos caemos en muchas faltas, continuamente necesitamos la misericordia de Dios (LG 40). La acogida de la misericordia divina exige de nosotros la confesión de nuestras faltas²⁰⁴. Recibimos el perdón y, además, estamos llamados a perdonar. Este desbordamiento de misericordia no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a los que nos han ofendido (...). Si nos negamos a perdonar a nuestros hermanos y hermanas, nuestro corazón se cierra, y su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre²⁰⁵.

La Iglesia es el hogar en el que encontramos la justificación de Cristo. La justificación es la obra más excelente del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús y concedido por el Espíritu Santo. San Agustín afirma que «la justificación del impío (...) es una obra más grande que la creación del cielo y de la tierra» (...), porque «el cielo y la tierra pasarán, mientras (...) la salvación y la justificación de los elegidos permanecerán». Dice, incluso, que la justificación de los pecadores supera a la creación de los ángeles en la justicia porque manifiesta una misericordia mayor²⁰⁶. La Iglesia, finalmente, es la casa en la que caemos en la cuenta de la confianza que se nos pide a los creyentes. No debiera ocurrirnos lo que a los discípulos, que vivían todos los días en presencia de la luz divina, pero les faltaba la confianza y la sencillez del niño, que podría haberles abierto a esta luz²⁰⁷. La Iglesia es también la casa en la que nos alegramos con María, la Madre de Misericordia²⁰⁸.

203 Jesús nos da el perdón mediante una Iglesia que es reconciliadora, reconciliable y reconciliada. Esta misericordia hay que entenderla dentro de la «lógica de la superabundancia», que hace posible lo imposible (Mc 10,27) (cf. Antón, M. Á., «El perdón, manifestación de la misericordia divina y fuerza regeneradora para el hombre», *Revista Aragonesa de Teología*, 18/35 [2012] 29-44).

204 Catecismo 1847.

205 Cf. Catecismo 2840.

206 Catecismo 1994.

207 Biela, S., *Estoy a tu puerta y llamo*, Ed. San Pablo, Madrid 2005, p. 86.

208 Catecismo 2677.

— **Recordar la centralidad de la espiritualidad de la misericordia.** La espiritualidad cristiana nos conduce a interpretar la realidad desde la hermenéutica de la misericordia. Así lo indica F. Vidal, inspirándose en W. Kasper. Asegura que la misericordia es el centro del Evangelio; sólo ella nos permite comprender allí donde la noche es oscura. Esto se materializa en el reconocimiento, el cuidado, la ternura, el abrazo²⁰⁹... La espiritualidad de la misericordia potencia una triple búsqueda: la búsqueda de Dios, la búsqueda de la compasión y la búsqueda de los frutos misericordiosos.

La búsqueda de Dios, entendida como regreso al vientre de Dios, a los orígenes mismos del ser, al nuevo nacimiento pedido por Jesús a Nicodemo²¹⁰. Una búsqueda que se sabe en ocasiones compleja, tejida de sombras y luces, ocultamientos y manifestaciones, no siempre coincidente con la claridad lógica, cristalina y cartesiana que siempre quería el hombre²¹¹. Una búsqueda en la que nos encontramos con un Dios que no está lejos y que –gracias a su Espíritu– nos dona la presencia de Jesús, siempre actual y operante²¹². Una búsqueda cuya meta no es el Dios frío, sino el Dios misericordioso, clemente, lento a la cólera y rico en amor y fidelidad (Ex 34,6). Una búsqueda que no es solipsista, sino enmarcada en las entrañas del pueblo que recibe la gracia santificante, integrando a los miembros del Cuerpo de Cristo que desarrollan el pleroma y despliegan el Cristo Total²¹³.

La búsqueda de la compasión, interpretada como la interpretan los Evangelios, es decir: como ἔλεος (amor firme, lealtad, fidelidad, piedad pedida a Jesús; habla de intercambio y de reciprocidad, de sentimiento y de conmoción), como οἰκτιρμός (compasión, piedad) y como σπλαγχνίζομαι (expresando conmoción interior, la cual mueve a la persona a hacer algo para so-

209 Cf. Vidal Fernández, F., «La cultura del corazón del evangelio de la familia», en Uríbarri Bilbao, G. (Ed.), *La familia a la luz de la misericordia*, Sal Terrae, Santander 2015, p. 49-52.

210 Cf. Nouwen, H. J. M., *El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*, Ed. PPC, Madrid 1998, p. 109.

211 Cf. Martini, C. M^a, *La fuerza de la debilidad. Reflexiones sobre Job*, Ed. Sal Terrae, Santander 2014, p. 131.

212 Cf. Blázquez, R., *Del Vaticano II a la nueva evangelización*, Ed. Sal Terrae, Santander 2013, p. 169.

213 Cf. Bueno de la Fuente, E., *Eclesiología*, Ed. BAC, Madrid 2007, p. 314.

correr a quien sufre)²¹⁴. Una compasión que posa su mirada en los pobres, como en los orígenes del cristianismo. El cristianismo creció relacionándose con la categoría de gente sufriente, aludiendo –en particular– a los pobres y a los enfermos. Esto fue muy significativo para su crecimiento y para su institucionalización²¹⁵. Afirma J. Perkins que la expansión del cristianismo estuvo muy unida al concepto de sufrimiento corporal, que dio lugar a la aparición del sujeto como ser sufriente²¹⁶. La compasión, entendida cristianamente, no es algo que se encierra únicamente en el sentimiento de piedad que la suscita²¹⁷; tampoco queda enclaustrada en su sola dimensión argumentativa²¹⁸. Se trata de una virtud que, a fin de cuentas, nos lleva a tratar a los demás, en la práctica, como a verdaderos hermanos²¹⁹.

La búsqueda de los frutos misericordiosos reconoce el valor permanente de las obras de misericordia. Éstas ayudan al hombre a despojarse completamente del hombre viejo y a revestirse del hombre nuevo²²⁰. Mediante las obras constituidas en acciones caritativas nosotros ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales. Instruir, aconsejar, consolar y confortar son obras espirituales de misericordia, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de

214 Cf. Antolín Sánchez, J., «IV. La originalidad de la compasión cristiana», *Estudio Agustiniano*, 47 (2012) 507-510.

215 Cf. Antolín Sánchez, J., «IV. La originalidad de la compasión cristiana», *Estudio Agustiniano*, 47 (2012) 527.

216 Cf. Perkins, J., *The Suffering Self. Pain and Narrative Representation in the Early Christian Era*, Ed. Routledge, London and New York 1995.

217 Así como en el uso clásico el sentimiento de piedad era distinto de la acción que podría inspirar, en la novedad cristiana el término *e©le mosu`nh* significa al mismo tiempo la piedad y el acto de la caridad (Konstan, D., *Pity transformed*, Ed. Duckworth, London 2004, p. 119).

218 La misericordia capacita a nuestra razón para que no se quede cerrada y exclusivamente circunscrita a su dimensión argumentativa; la ética, para expandir sus potencialidades, ha de fomentar la dimensión cordial y compasiva que habita en la razón (cf. Cortina, A., *Ética de la razón cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI*, Ed. Nobel, Oviedo 2007).

219 Los primeros cristianos no sólo se llamaban hermanos unos a otros: actuaban como tales. Esto puede constatarse en Ratzinger, J., *Die christliche Brüderlichkeit*, del año 1958. Está reeditado recientemente en español en Ratzinger, J., *La fraternidad de los cristianos*, Ed. Sígueme, Salamanca 2015.

220 Catecismo 1473.

comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, y enterrar a los muertos²²¹. Las obras de misericordia están radicadas en el amor. El amor, que se demuestra en la misericordia, puede y debe convertirse en el fundamento de una nueva cultura de la vida, de la Iglesia y de la sociedad²²². Este amor tiene su punto más álgido en la entrega vicaria y misericordiosa de la propia vida²²³.

Manuel Sánchez Tapia, O.S.A.
Centro Teológico San Agustín (Madrid)
Estudio Teológico Agustiniano (Valladolid)

221 Catecismo 2447.

222 Kasper, W. *La misericordia. Clave del Evangelio...*, p. 85.

223 Ofrecer vicaria y misericordiosamente la vida en holocausto, en beneficio de sus hermanos. Esto es lo que querría hacer alguien que experimentó, en grado sumo, la sorprendente misericordia de Dios: Teresa de Lisieux (cf. Lisieux, T. von, *Selbstbiographische Schriften*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1958, p. 186ss).

